

REVISTA NACIONAL

DE

LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año III—Tomo III

Montevideo, 10 de Noviembre de 1897

Número 59

REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil.
Victor Pérez Petit.
Carlos Martínez Vigil.
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DIAS 10 Y 25 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Capital, por mes	\$ 0.50
En campaña " " " " " " " "	0.60
En el exterior " " " " " " " "	0.70
Número suelto	0.30

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Librería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Anticuariano".—Joya Literaria, de Cuspinera, Teix y C.^a

ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

SUMARIO:—EL LIBRO DE LAS QUERELLAS, por Eduardo de la Barra—MANGO QUEJERA "BLANCA", por Leopoldo Díaz—SONRE "LA VIDA NUEVA", por Pierre Ville—LOS PROYECTOS, por Victor Arreguin—UNA NOVELA DE GARDOS, por José Enrique Rodó—HABLA EL VIENTO, por Pedro A. González—ACUARREAS, por Victor Pérez Petit—MITOLOGICAS, por Germán García Ramírez—A MI PATRIA, por Guzmán Guzmán y Zaa—"LA VIDA NUEVA", por Mercedes Cabello de Carbonera—BAJO LAS ACACIAS, por Carlos Ortiz—MANUEL B. UGARTE, por Francisco Mostajo—DE MIS LECCIONES, por Mariel Cabeza a Guerra—HIMNICA, por Manuel A. San Juan—UN MATRIMONIO, por José L. Garmendia—LAS UNAS, por Emilio Berisso—TIBURO, por Jorge L. Saccarello—RAMIDAS, por Francisco Mostajo—(SONRE LENGUAJE)—NOTAS HISTOLOGICAS—MEDICINA LEGAL.

EL LIBRO DE LAS QUERELLAS

DEL REY D. ALFONSO EL SABIO

I

La Real Academia de la Historia, hace un siglo (en 1798), declaró que tenía por legítimo del Rey don Alfonso X el nombrado *Libro de las Querellas*, del cual sólo dos coplas se conocen, y que se proponía poner toda diligencia de su parte hasta lograr descubrirlo.

Las dos coplas conocidas, en versos de arte mayor, aparecen por primera vez á fines del siglo XV, escritas como prosa en un libro de Alvar Gutiérrez Torres. De allí las tomó Garibay (1525-1599) y, en forma de verso, trasladólas á su *Compendio Historial*.

Ortiz de Zúñiga, Mondéjar, el P. Sarmiento, Velásquez y otros críticos y eruditos, se preocuparon del Libro perdido, sin que nadie osara poner en duda la autenticidad de aquellas coplas, hasta que Moratín las llamó apócrifas, sin apoyar en nada su opinión.

Amador de los Ríos sostiene su autenticidad con calor: «Ninguno—exclama—que no se hubiera visto en situación tan amarga (como el Rey Sabio) podría fingir el senti-

miento profundo que revelan estos versos, dándonos la medida de lo que debió ser el lastimoso libro de *las Querellas*»

La circunstancia de haber incluido don José de Pelliser aquellas dos coplas en su *Memorial de la Casa de los Sarmientos*, ha dado pobre asidero á la crítica, suponiendo que esos versos se habían compuesto para emparentar á los Sarmientos con los Reyes más ilustres de Castilla. Menéndez y Pelayo llega á sospechar que tal superchería sea obra del mismo Pelliser, tal vez porque olvida que esas coplas existen por lo menos desde el siglo XV, cuando ni los abuelos del señor Pelliser habrían nacido.

Esto lo dice el erudito santanderino, acaso por sacar adelante su opinión que puede ser cierta, pero poco convincente, pues él la funda en deleznable argumentos, sin más valor que la simple afirmación de Moratín, ambas contrabalanceadas por la afirmación en contrario de Amador de los Ríos.

Dice el señor Menéndez que él resueltamente tiene por apócrifos estos versos de *las Querellas*. (1)

«Las *Querellas*—agrega—ni por su lengua, que es *fabla* artificial, que no se *fabló* nunca; ni por su forma métrica, que es la octava de versos de doce sílabas, no conocida hasta fines del siglo XIV; ni por el propósito visiblemente interesado de enaltecer como grande amigo y servidor del Rey Sabio á un Diego Pérez Sarmiento, poco conocido en la historia; puede darse que sea una de las innumerables falsificaciones de los genealogistas del siglo XVII, acogida por don José Pelliser,—si es que él mismo no fué el inventor de las coplas,—en su *Memorial de la Casa de los Sarmientos*»

Declara al mismo tiempo que «el valor poético de estas coplas es incontestable»

Si la *fabla* es artificial,—contestamos brevemente,—el ilustre crítico no lo prueba; no lo hace ver siquiera ni con un ligero ejemplo ilustrativo.

En cuanto á la forma métrica, el verso de arte mayor era conocido desde antes que naciera D. Alfonso, y él mismo lo compuso en gallego, como consta: la copla-octava se empleaba por otros en el primer tercio del siglo XIV, al menos 60 años antes que apareciera en el *Rimado de Palacio*, pues la he encontrado en los Cantares de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Qué mucho entonces que 50 años antes la hubiera usado D. Alfonso, acaso su inventor, que bien pudo concebir esa estrofa quien fué dado á la poesía, y tan magnas obras llevó á cabo en muestra de su ingenio.

No puede suponerse á Pelliser autor de esas coplas con el fin de enaltecer á los Sar-

mientos, puesto que él no hizo más que trasladarlas del libro de Alvar Gutiérrez Torres de Toledo, que es del siglo XV. Y si tal superchería en Alvar Gutiérrez se supusiera, diríamos que para llevarla á cabo sólo necesitó alterar el primer verso, donde se invoca el nombre del caballero á quien las *Querellas* se dirigen. Pondría, por ejemplo: «A tí Diego Pérez Sarmiento leal, donde acaso decía:

Á tí Alfonso Pérez Guzmán el leal,
Á tí Alfonso Pérez Guzmán, leal.

Hay críticos que dan por apócrifo todo un libro y hasta una biblioteca, si en él descubren alguna ligera alteración, unas veces intencional, otras por accidente. Así se cree que con fines nobiliarios se ha falsificado por entero el inimitable *Centón Epistolar* del médico Cibdarreal, fiel espejo de una época compleja, cuando si tal fin ha existido, es lo natural suponer que la falsificación interesada se ingiriese con el mayor disimulo en el cuerpo auténtico, para autorizarla y hacerla valedera. En tales casos se interpola un párrafo, se agrega ó cambia una línea, pero no se falsifica todo un libro de otra época, realizando un milagro literario.

Laz razones del señor Menéndez se refutan por sí solas.

Sobre la autenticidad de estas coplas, dice Amador de los Ríos:

«Conviene advertir que el tono general de la composición, sus formas artísticas, su estilo, su lenguaje. . . todo nos lleva á recibir cual producción de aquel infortunado príncipe este doloroso canto.»

«La invocación á Diego Pérez ha venido á darnos alguna idea de lo que fué el *Libro de las Querellas*, último testimonio intelectual de aquella noble y laboriosa existencia.»

II

No hay, pues, quien niegue, con razones aceptables, la autenticidad de las dos coplas del *Libro de las Querellas*, bien que muchos convienen en que hay alteraciones, sobre todo en la segunda copla, y tales que oscurecen el sentido. Aun cuando parezca una profanación, nosotros, á fuer de viejos restauradores, introduciremos en esa segunda copla algunas variantes, conservando su ortografía, modificada hoy, como la de las Partidas que se han ido poco á poco modernizando. Ambas servirán de encabezamiento á las otras coplas sus hermanas, hasta aquí ignoradas, que acaso completan las *querellas* del dolorido monarca. Por cierto que el sagaz é ilustrado señor Menéndez no las tomará por apócrifas, ni atribuirá su lenguaje y versificación al siglo XV, ni supondrá móviles nobiliarios donde ni se barrun-

(1) Antología de los Poetas Castellanos, tomo III, p. 2, nota.

tan, ni pondrá en duda la autenticidad, que es fácil de comprobar, y que se escuda, entre tanto, con las palabras de Amador de los Ríos: «Ninguno que no se hubiera visto en situación tan amarga, podría fingir el sentimiento profundo que revelan estos versos.»

De lo único que hay que desconfiar es de nuestros retoques.

III

I

A ti Diego Perez | Sarmiento, leal
Cormano e amigo, | e firme vasallo,
Lo que a míos omes | de cuita les callo
Entiendo dezir, | plañendo mi mal:
A ti que quitaste | la tierra e cabdal
Por las mis faciendas | en Roma e allende,
Mi peñola véela, | escúchala dende,
Ca grita doliente | con fabla mortal.

II

Estora yá solo | con grande mansiella.
Aquel que lós reyes | besaban el pié,
Aquel imperante | quen un tiempo fué
Allá en Alemaña, | e Rei en Castiella;
Aquel que de hueste | mantuvo en Sevilla
Diez mil de a cavallo | e tres dobles peones:
El que por sus Tablas | en lueñas naciones
Fá atacado atanto | que por su cochiella.

III

Es tanta la onyta | que embarga su pecho,
Tan amarga e fonda | como es la mar:
E porque es cayda | de un alto lugar
Veráse de lueño | como fuego en techo.
Contristo me tiene, | me tiene mal trecho
Lo que míos fijos | me façen sofrir,
A mí que era amigo | de todos servir,
A mí que mantove | mi roño á derecho.

IV

Bancho con aynda | de condes deseales
Fizo con las armas | tornarse mis hados:
Con él, mestureros, | los altos perlados
No metieron paces, | como cumple á tales.
En me façer tuarto | todos son ogoales;
Non fallo en mis tierras | valedor ni amigo;
E, rey sin corona, | no encuentro un abrigo,
Que bienes que fiçe | tornàronse males.

V

A aquel nuestro nioto | rey de Portugal,
Pedimosle aynda: | el podr' iné vand' ...
Otro si provamos | al rey e cormano
Que alza en Aragon | su seña cabdal:
Al de Engalattera, | un otro que tal,
Al de Francia amiga. . . | todos mis parientes!
Fui al Papa de Roma | con quejas dolientes. . .
E se plaçen todos | en mi grande mal!

VI

Ora si falleçe | quien me ha de servir
En la mia tierra, | e por debdo allende,
Que busque en el Moro, | forzoso es, por endo,
Quien mis cnytas quiera | benino adolçir.
A míos enemigos | voi paz a pedir,
Quando los mis fijos | me mueven la guerra;
Pues que me fallacen | omes de mi tierra,
A Benamarino | téngome de ir.

VII

Estos, enemigos | en la ley lo son:
Mas, no son por endo | en las velantad;
No a de escotarmarme | la su caridat
El rey Ben-Jusefe | de buen corazón.
El es mi apazgado; | et, con grand razon,
Quanto suyo sodes, | yo sé; pues vos, ama,
Vos la consejedes, | atento a su fama,
Que me vala amigo | a tal ocasion.

VIII

Sobre mi corona | la may averada
E las ricas piedras | que en engaste oviere,
Façed que me empreste | lo que á bien toviere:
Mostradme amistanza | naquesta vegada.
Catad vos qu'on sodes | et do qual linada,
Que bien quem' fizierdes | non es a perdido. . .
Vnestro bien façer | non caerá en obliido,
Yrá vuestra fama | volando loada.

IX

Asmo yo que toda | la buena prianza
Que de Ben-Jusefe | fasta mi viniere,
Será vuestra mano | la quem' la traxere,
Amigo, en que fina | toda mi speranza.
Ya questa mi vida | a punir no alcanza
Los tan maños males | que en mi fizieron:
¡Dios los perdona! . . . | ¡Ojos que los vieron
Premendo non vean | lanza contra lanza!

X

Con la sed rabiosa | del querer regnar
Como el mio fijo, | sus fijos non fagan;
Si malas cobdicias | sus pechos falgan
La gentil Castiella | van ensaugrentar,
A vos Diego Perez | voy me confiar:
En vida, complidme | como buen vasallo;
Transido, deoides | lo que ora les callo. . .
¡Por la paz del mundo, | voy á Dios rogar!

IV

Para terminar lo relativo á estas sentidas quejas de un padre dolorido, de un gran rey amargado, de uno de los sabios más notables del mundo, recordaremos que hay aún otro fragmento del libro de las *Querellas*, que unos tienen por auténtico y otros por apócrifo, sin que nadie pruebe su aserto, acaso por temor de comprometerse demasiado.

Este otro fragmento de piés octonarios, como dice D. Amador, es un simple romance octosílabo, en que los versos van escritos á pares, sin que por eso cada pareja constituya un solo organismo métrico. Comienza así:

Yo salí de la mi tierra | para yr á Dios servir
Et perdí lo que avie, | desde mayo fasta abril
Todo el regno de Castilla | fasta allá á Guadaluquir.

Consta este trozo de 19 versos iguales á los anteriores, con rimas de 4 en 4 como las coplas alejandrinas que Berceo imitó de los franceses, diciendo que las hizo por la *quaderna via*.

Tenemos la evidencia de que estos versos son apócrifos; pero, por ahora, reservamos nuestras pruebas.

Sólo diremos que Alonso de Fuentes, poeta sevillano y anticuario del siglo XV, insertó estos versos bien hechos, pero mal encubiertos, en la dedicatoria de sus *Quarenta Cantos*, de donde los copió Garibay.

Su forma métrica es un capricho sin precedentes. El octosílabo simple ó doblado, como á cada paso se encuentra en la *Crónica Rimada*, siempre usó la rima asonante, y jamás se le acopló en tetrarrimos consonantes, como están estos versos, obra acaso del siglo XV.

Fácil me es señalar de dónde se sacaron, sin lugar á duda, lo que aun no han visto los grandes maestros españoles, ni Amador de los Ríos que sostiene su autenticidad, ni Menéndez que la niega sin dar razones; pero,

motivos tengo para callarlo por ahora; y luego, que no todo se ha de soltar á un mismo tiempo!

Dejamos abierta la discusión de Mundo á Mundo, seguros de que avanzará el conocimiento de las letras castellanas si los críticos peninsulares se ponen á la obra y si los ingenios americanos los ayudan y estimulan, aun cuando sólo sea con la contradicción y la duda, discreta y sabiamente manejadas.

EDUARDO DE LA BARRA,
de la Real Academia Española.

Santiago.

Mano pequeña y blanca....

Mano pequeña y blanca, mano de terciopelo,
Mano pequeña y leve, como el albo pañuelo
Que impregna de un extraño perfume tentador;
Mano pequeña y blanca, como el blanco capullo
De lirio no entreabierto—que cinceló el orgullo
Para que, lentamente, me ahogara de dolor...

Mano pequeña y blanca, mano indolente y fina,
Que luce una labrada turquesa peregrina.—
La joya predilecta del hada Pompadour;—
Mano que con el roce de su caricia inquieta
Evoca un vago aroma distante de violeta
Y el vuelo de dos cisnes sobre un lago de azul...

Mano pequeña y blanca, con palidez de cirio,
Que gusta de los hondos temblores del martirio:
Tus uñas sonrosadas clava en mi corazón;
¡Como un arbusto frágil, como un arbusto en flores,
Arranca de mi vida los últimos amores,
Las últimas raíces de mi última ilusión!

LEOPOLDO DÍAZ.

Ginebra.

Sobre «La Vida Nueva»

Uno de los más notables y meritorios hispanistas franceses, Mr. Pierre Ville, catedrático de literatura en la Universidad de Nevers y autor de un magistral estudio sobre la poesía de Campoamor que es considerado como uno de los más serios y concienzudos trabajos consagrados por la crítica francesa á la poesía española contemporánea,—ha dirigido á nuestro compañero de redacción José Enrique Rodó una carta relativa á su opúsculo *La Vida Nueva*, de la que tomamos los párrafos siguientes:

Je voudrais bien être en effet un profond connaisseur de la langue castillane. Je ne suis qu'un volontaire ou qu'un amateur dans la brigade trop peu nombreuse de hispanisants français.

J'ai emporté á la promenade—ici nous profitons des derniers beaux jours—votre «Vida Nueva». J'ai voulu vous lire en pleine campagne, et vous m'avez fait passer des instants délicieux.

J'aime infiniment en vous cette rare union des qualités les plus opposées: la force de pensées de l'âge mûr et l'enthousiasme de l'adolescence. Vous raisonnez en philosophe, vous écrivez en poète. Votre talent

à la fois robuste et brillant me fait penser à ces vers de Vigny sur les Pyrénées.

... Trône des deux saisons
Dont la front est de glace et le pied de gazon.

Vous prodiguez les images neuves et éblouissantes, sans qu'il en coûte rien à la profondeur de votre enseignement esthétique. Vous êtes à la fois un orfèvre exquis et un architecte qui bâtit pour les siècles. Ce n'est pas le cas de dire:—*Firmus sane paries et duraturus sed non satis espletus ac splendens.*

Vous avez mieux compris qu'on ne l'avait fait jusqu'ici comment chaque doctrine nouvelle dans l'art, au lieu d'effacer la doctrine de la veille, la complète et l'élargit. Votre comparaison des cercles concentriques me plaît par son exactitude. Jamais on n'avait si bien fait comprendre que, même en esthétique, la richesse de l'humanité va s'accroissant: «*Son círculo concéntrico cada uno de los cuales amplía el espacio del círculo anterior sin fijarse en plano distinto*». Et ce qui suit, combien c'est vrai et précis! Comme vous avez bien vu ce qui est resté de l'art Classique et de la insurrection Romantique et ce qui doit rester du Naturalisme! Car, sans être un pèlerin de Médan, vous n'êtes pas de ces timides ou de ces naïfs qui confondraient volontiers avec les malfaiseurs les amis de Zola et de M^{me} Pardo Bazán. Dans cet ordre d'idées certain discours d'Alarcón à l'Académie Espagnole est vraiment amusant.

Continuez, monsieur, de faire penser les lecteurs tous en leur faisant goûter d'aussi vives jouissances d'art. Vous méritez mieux que des félicitations, permettez-moi de vous adresser des remerciements.

Je suis, Monsieur, avec la plus vive admiration pour votre beau talent,
Votre tout dévoué serviteur.

PIERRE VILLE.

Montluçon, (Allier) 14 Octobre 1897.

LOS PROFETAS

À José Enrique Rodó.

La vida del fuerte Isaias nada tiene de común con el resto de los hombres. Tampoco su pueblo ofrece mucho de común con la humanidad, ni aun en nuestros días. Su idioma es vibrante y rápido, su visión profética, su convicción religiosa profundamente arraigada, como la raíz de sus cedros del Líbano.

¿Quién que no sea Job, ó Isaias, ó Daniel, ó algún santo profeta antiguo penetrará el sentido más oculto y hondo de las cosas? Y este pueblo que se agita despedazado, cruel, belicoso, sacerdotal y creyente; que vive encajonado en una faja sedienta de las tierras del mundo, y asimismo disputada por los de Filistea y los de Edom y los de Moab; rodeado, cercado de enemigos; que tiene horizontes al sur recostados de palmeras, que lucha siempre y siempre se multiplica; que cuenta más de un millón de gue-

rreros en tiempos de David, (!) y vive sólo para la guerra; que se multiplica por la poligamia y se enorgullece de sus harems y de sus eunucos; este pueblo que mira frente á frente á su Dios, y lo reconoce como á rey terrestre y general de sus ejércitos, saca su poder de su fe. Cuando es llevado en masa por los fuertes al dolor de la tierra extraña, sus elegidos salen ilesos de los hornos enrojados y de las cuevas de los leones. El secreto de su fuerza es su fe.

Cuna de poetas, de legisladores, de reudentores, de varones de dolor y de ensueño, este pueblo judío es el único entre los pueblos de la tierra que habla á su Dios para todo. Convertido en nube de fuego, va su Dios delante de él, y cuando se acerca á la tierra prometida, su Dios le da las tablas del deber humano.

Al principio el Arca sagrada vaga con los campamentos. Dios está entre aquel pueblo. Fija Josué su poder destruyendo á la muelle y dura Jericó, cuyos campos crían las rosas y nioles, y ya puede pensar en los encantos de la paz. Cantan sus poetas la victoria, y tal pueblo llamado á conquistar al mundo por la idea, y ser después el desheredado, como todo el que conquista, antes de secarse la sangre derramada, ya se compromete en otra guerra. Es un mal vecino. De las 22 naciones cercanas, no hay una que de él no tenga de quejarse.

Témiente los débiles y ódianle los fuertes. Todo lo hace invocando á su Dios. Por él sufre cautividad con energética fibra; ora con el fervor de una imaginación rica y poderosa, y ajusta sus actos al precepto. Sus sacrificios son numerosos.

La sombra de su Dios está en todas partes: en el destierro y en la desgracia sobre todo. Y cuando cae de lo alto al culto de las falsas divinidades circunvecinas, en la abominación y la apostasía, con caídas que son derrumbamientos á criptas ignominiosas, á los lagos profundos del pecado, su Dios le vuelve á sus caminos por medio de terribles amoniciones. Entonces truena la voz de sus inspirados. Látigos de fuego parecen sus palabras, agitándose sobre las espaldas leprosas. Es Isaias, es Daniel, es Ezequiel, son sus santos profetas, los que superan á la tempestad en clamorosos llamamientos, los que gritan desde la montaña coronada de relámpagos y dicen el porvenir, por boca de Dios, no de tripodes, no de vísceras de corderos, no del vuelo del ave. Voz de Jehová; visión de Daniel; visión de Isaias... Visiones y visiones. Ejércitos que pasan; banderas que pasan; ríos de sangre; oscuridades rojizas de nocturnos incendios; multitudes que siega la espada como un campo de trigo, por la voluntad del Señor, no del Destino, ni de ninguna otra fatalidad sin sentido. Desde que Jehová entró en su tienda, ó algún vidente escuchó su palabra en los rugidos de la tormenta, su salvación es cierta. Dios es su caudillo. Espera verle surgir de carne y hueso, de alguna de sus tribus. De entonces será su Salvador

(1) El censo levantado por el feroz general Yoab, en 9 meses y 30 días arroja 1,500,000 combatientes: 800,000 de Israel y 600,000 de Judá.

visible, su rey coronado. Pero «el buey reconoció á su amo y el hombre no reconocerá á su Dios.»

Aunque es cierto que había falsos profetas, que acudían en número hasta de 400 á las consultas reales, verdaderas turbas, pues el ser profeta era un arte que se aprendía en escuelas á propósito y llegaba á ser una profesión,—evidente es que también los había verdaderos, y aun sin ser uno de esos viajeros ciegos de la Biblia, cae uno en que sabrán más de lo que era dado saber á los hombres los que decían palabras de Dios. Salomón que escribió 1005 cantares y parábolas 3000, ¿sabía acaso que la tierra era redonda y tenía polos? Sin embargo, leed el diálogo del gran rey con la Sabiduría.

La resaca de la marea del siglo XVIII, siglo ateo entre todos, flota todavía en nuestro siglo. Pero sin admitir ni negar la revelación, ¿no hay algo de superior al pensar humano en la Biblia? Muchas de sus bellezas y muchas de sus ideas, volverán á la circulación de los tiempos, no como esas monedas antiguas que guarda el numismático, sino como oxígeno del ambiente espiritual, mientras no sea explicado el misterio que nos envuelve. Muchos viajeros ciegos de la Biblia, verán la transparencia de sus símbolos; y como rudos obreros descuajan el mármol de Paros y un Praxiteles lo estatuiza, así las generaciones indagarán y un hombre de genio apartará lo revelado de lo apócrifo, si en la altura hay un Dios impenetrable á nuestra mirada. ¿Acaso conocemos á Dios? Siempre inexcrutable á la investigación, oscuro como el abismo, eterno como la muerte, ¿qué sabemos ni qué alcanzamos de su altura, cuando nuestros ojos fueron hechos para horizontes limitados?

Desde luego, siendo infinitamente bueno, no debe atribuírsele un rigor que lo igualaría á los tiranos de la tierra. La concepción del infierno, no parece ser otra cosa que un símbolo. Y hasta parece natural que el dicho de Jesús: «muchos serán los llamados y pocos los escogidos», y la «segunda muerte» de San Juan, no deban tomarse con la facilidad de una idea vulgar. ¿Quién podría negar que la segunda muerte y la poquedad de los escogidos, no sean otra cosa que la negación de la inmortalidad individual á quienes no la merecieron? Ése volverá á ser materia; ¿por qué no? Y su alma inconsciente se confundirá á la grande alma colectiva. Quizá resuene algo de la metempsicosis en las misteriosas palabras. Los llamados son todos: porque ¿cuál de los hombres no podrá mediante el uso de su voluntad levantar su alma de la tierra? El hombre no sabe de las cosas del cielo, ni de los misterios de este Universo. El «sí» ó el «no» no está dicho en estos siglos. Tal vez no se le encuentre en el mañana, sino en el ayer. Generaciones y generaciones pisan légamo y tierra en que otros hombres y otras generaciones hanse convertido. El paso de lo inorgánico á lo orgánico forma el fenómeno que llamamos la vida. Y la fuerza que preside ese paso, ¿cuál es? Y más alto el pensar ¿cuál la que enciende la es-

trella de la esperanza desde el alba hasta la tarde de la vida?

Dice Renán: «Deux grands hommes, Ezéchias et Isaïe, sont à l'origine de ce mouvement extraordinaire qui a décidé du sort de l'humanité.» (1) La misión de la profecía es de una importancia sin ejemplo: empieza por asegurar el monoteísmo; sienta á Jehová en su trono; apoya á los débiles, combate á los ricos y á los fuertes, y prepara así desde lejos el cristianismo que entrevé como un reinado perfecto. El derecho de la fuerza es atacado en su raíz; la viuda y el huérfano encuentran sus mantenedores; el triste, la esperanza del cielo; Daniel, descifrando el sueño olvidado del rey babilonio, ve claro en el distante linde de los tiempos el triunfo de la república universal y de una sociedad nueva, igualitaria, cuando se tumben los grandes reinos de vena de oro, de vena de plata, de vena de cobre, de vena de hierro y por fin de barro deleznable. Mas en los días de aquellos reinos el Dios del Cielo levantará un reino que no será jamás destruido, y este reino no pasará á otro pueblo: sino que quebrantará y acabará todos estos reinos: y el mismo subsistirá para siempre. El genio de Isafas, el más grande y antiguo de los cuatros grandes profetas, es esencialmente revolucionario. Ataca los ídolos, ataca á los pueblos, ataca á los reyes; es un batallador, un demoleedor. El mismo culto de Jehová, convertido por la grosería y la imitación del espíritu extranjero, en un culto corrompido, y el mismo Dios desnaturalizado, materializado, humanizado por las peores pasiones, serán en adelante un culto sinceramente espiritual y un Dios mucho más grande y poderoso, harto de sacrificios imbéciles y de grasa de carneros. «Y saldrá una vara de la raíz de Jesué y de su raíz subirá una flor y reposará sobre él el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad».

El fuerte Isafas, el lívido, el tremante, el rígido, no ríe; abomina con el retembalar del trueno. Lo tenebroso se desgarrá á sus ojos; el infinito es abarcado por esta ola gigantesca. La visión de lord Byron, de la muerte del sol y de las estrellas cayendo como pavesas apagadas en lo insondable, no es de lord Byron. Es de Isafas. De nariz delgada y vibrante, se inflaman sus ventanas á impulsos de las pasiones, como las de un corcel de batalla; enjuto de carnes; de grandes y fieros ojos profundos; de palabra que convoca clarines; fúlgido, estatuario, lívido. Rueda de sus labios la hipérbole como una tromba. Jamás los Demóstenes griegos poseyeron en tal grado el dominio de la idea ni el de la palabra, ni mano de pintor trazó cuadros de tal colorido, ni mente de hombres abarcó cosas tan colosales.

VICTOR ARREGUINE.

Una novela de Galdós

A Eduardo Ferreira.

La más excelsa de las facultades del artista es la que, haciéndole solo partícipe entre los hombres, de un sublime atributo de la Divinidad, le convierte en generador de seres vivos,—sobre los que no tiene poder la codiciosa mano de la Naturaleza y que no han de ser guiados por otra ley que la que en el instante de la concepción les fija é impone el creador impulso de su albedrío. Arrebatat el fuego sagrado que enciende la llamarada de la Vida será siempre la insaciable aspiración,—la martirizadora inquietud del Arte grande,—titán rebelde para quien la Naturaleza, dueña de la Vida, desempeña el papel del tirano Júpiter del mito.—Si se concede que las almas de artista componen, dentro de la humanidad, una aristocracia — un patriciado de las almas,—la aristocracia mejor, la superioridad gerárquica entre esas almas, fuerza es reconocerla á las que crean, á aquellas á quienes ha sido concedido el dón genial de la invención.—Hay las que alcanzan á crear un héroe inmortal, ó una acción imperecedera en la que intervienen varios héroes, dotados todos ellos de eterna vida—y hay, por encima de esas, las que vivifican series enteras de ficciones,—«multitudes de almas»,—las que realizan con su inmensa obra «un mundo dentro del mundo»,—aquellas que perecerían inspiradas por una sublime envidia de la Naturaleza y su infinita capacidad creadora.—Comunicar una individualidad y un sér inextinguible á un alma distinta de la nuestra, en la que no reproducamos, al idealarla, ni nuestro carácter ni nuestras pasiones, y cuya vida ficticia haya de ser tan palpitante y tan intensa como la de las criaturas de la realidad,—y aun volcar el alma propia en la envoltura de un héroe imaginado que la perpetúe y la levante sobre la miserable fragilidad de nuestra arcilla, como se perpetúa el alma satánica de Byron en sus Corsarios y sus Laras,—es ya ser un creador.—Pero llamarse Shakespeare, Molière, Walter Scott, Dickens, Balzac, y dar sér y movimiento, con soberano empuje, á una multitud entera,—en la que, como en maravilloso comprendio ó *substratum* del conjunto humano, aparezcan con todas las palpitaciones de la vida, las faces luminosas de la existencia y sus sombras, la virtud y el vicio, el odio y el amor, las pasiones buenas y las malas, es para mí tan alto y portentoso triunfo que el orgullo humano no puede aspirar á una más completa y fascinadora realidad de la tentación del Paraíso: *Seréis como dioses*, porque en nuestra condición no cabe mejor ni más cumplida manera de crear.

Dos clasificadores laboriosos, — Mrs. Cristophe y Cerfber—penetraron, no ha mucho tiempo, en el seno de la obra inmensa del creador, del Padre Goriot y la *Fisiología del matrimonio*, y presentaron luego á los dos mil personajes que tejen la trama de aquella inmortal epopeya de la realidad, cuidadosamente ordenados, estudiados y descritos, como en los diccionarios biográ-

ficos de hombres célebres, en un voluminoso *Repertorio de «La Comedia humana»*.—Algo semejante se hará en el futuro ordenando la multitud varia y enorme de *Les Rougon Macquart*; algo semejante se ha hecho ya acaso con Dickens; y análoga tarea de clasificación y de estudio realizará algún día la erudición española con ese otro mundo formidable é inmenso de Galdós, que abarca, desde la pintoresca muchedumbre de los *Episodios*, hasta el revuelto mar de la vida contemporánea, palpitante en la cavidad de cien novelas....

Mundo verdaderamente inmenso y formidable! Respecto de Galdós, y limitando esta observación á los contemporáneos nuestros, yo sólo me atrevería á señalar en Zola y en Tolstoï (invertido, si os place, el orden en que he escrito esos dos nombres, y acaso haréis justicia) ejemplos de una superioridad de fuerza creadora.—Y, avanzando más, yo no me comprometería á encontrar en la novela contemporánea, nombre que, fuera de esos dos, merezca estar más alto.—Es cierto que esta superioridad puede ser triunfalmente contestada, por ejemplo, por los adoradores de Daudet (ídolo mío, aunque no para las ocasiones de las plegarias grandes) en la espiritualidad, en la urbanidad literaria, en la fineza, en el hábil arte de contar, — en todas esas condiciones que, dentro de la novela española, podríamos llamar *alarconianas*, consagrando de nuevo un calificativo que ya tiene su significación distinta y peculiar en la tradición del viejo teatro; pero para mí es indudable que el arte de Galdós respira en un ambiente mucho más amplio y más abierto que el del autor de *Numa Roumestan*; en un ambiente donde se escucha más cercano aquel soplo de augusta y bienhechora libertad que azota las ásperas cumbres de Cervantes y Shakespeare.—Es cierto que en su filosofía de moralista y de sociólogo echará acaso de menos el lector devoto de Tolstoï, la originalidad profunda, la innovadora audacia, el sello personal, la profética intuición de lo distante; —pero hay en ella un hermoso sentimiento de amor, un grande instinto de justicia, y hay un criterio constantemente límpido, —un criterio ecuánime y sereno,— en el que el *buen sentido* deja de ser vulgar y se convierte en fuente de sana y apacible hermosura.—Es cierto que sería vano buscar, en los procedimientos de su estilo, la cultura preciosa, el estudio hondo y sutil de los secretos musicales de la expresión, de la plasticidad virtual de la palabra, ó aquel trabajo de perfección y exactitud que conduce, por ejemplo, á la prosa tersa y transparente de *Mme. Bovary* ó de *Pepita Jiménes*; pero sería difícil hallar, entre los contemporáneos, quien tuviese más identificado con la esencia de su naturaleza literaria, ese grande arte de la «naturalidad exterior», no concedido á muchos de los más jurados naturalistas; el arte de la grande, humana y conmovedora sencillez, que habla á todos embelecando el lenguaje de todos, y que llega á inspirar, aun á los refinados y los exquisitos, el envidioso sentimiento de Diógenes, al arrojar de sí la copa hermosamente trabajada, viendo al pastor beber el agua en el hueco de su mano.

Y en la grandeza cuantitativa, y en el in-

(1) *Histoire du peuple de Israël*.—T. III.—P. B.

menso efecto de conjunto, de la obra de Galdós, sólo el maestro de Medán puede reclamarle el primado entre los contemporáneos.—La inagotable imaginación del gran novelista incorpora con incansante actividad á la multitud, ya inmensa y gloriosa, de sus criaturas, personajes nuevos que la acrecientan y enriquecen.—La fecundidad, que es la más relativa de las cualidades literarias, equivale á la posesión de un dón altísimo cuando escribir significa crear.—Mediana condición en el viejo Dumas, es maravilla en Balzac y en Dickens.—La fecundidad de Galdós es de la alta calidad de la de estos últimos; es de las asombrosas y las grandes, porque es de las que responden á esa irresistible necesidad de producción que se manifiesta con el poderoso impulso de un organismo que desempeña la ley de su naturaleza.

Plantea uno de los personajes de *L'Inmortel* de Daudet esta cuestión interesante:—Si acaso Robinson hubiera sido artista, poeta, escritor,—hubiera creado en la soledad, hubiera producido?—Y al doblar de la página, otro de los personajes de la novela,—el artista Vedrine,—resuelve la cuestión contestando á quien le pregunta porqué trabaja si no ama el aplauso ni la gloria.—«Pues por mí, dice el noble escultor, por mi gusto personal, por la necesidad de crear, de espontanearme».—He ahí la brava respuesta de un artista de raza.—Imaginad al autor de los *Episodios* en la isla desierta, y su vena asombrosa podría agotarse por la imposibilidad de la observación social, su gestión eterna de su arte,—pero no sería por falta de estímulos creadores.—Alarcón personificó en el ocaso triste de su vida, y personifica Tamayo en las contemporáneas letras de España, ese raro dominio de la voluntad sobre la energía instintiva de la vocación, que es necesario para que se resigne ó se condene á la inactividad y al silencio el artista que todavía sería capaz de producir.—Perdamos el temor de que Galdós, aun cuando un día la decepción llegue á su espíritu, encuentre en su voluntad la misma fuerza.—Ah, no! El grande y querido maestro no se llevará consigo á la tumba,—como se jactaba de hacerlo en su retraimiento soberbio y melancólico el autor de *El sombrero de tres picos*,—personajes imaginados que no se hayan hecho carne en el papel.—Galdós necesitará siempre de nosotros, los lectores, para las confidencias de su fantasía.

Aun duraba en nosotros la vibración de la lectura de *Nazarín* y de *Valma*. Y he aquí que un grupo nuevo y pintoresco, lleno de vida, de color y de luz, cruza ahora ante los ojos de la crítica, en marcha desde la imaginación del gran creador á refundirse en el conjunto de su muchedumbre imaginada. Observémosle.

Señala un crítico sagaz, á propósito también de *Misericordia*, y entre las similitudes que enlazan el genio del profundo observador de *Gloria* y *Doña Perfecta* con el de *Le Cousin Pons* y *La Piel de Zapa*,—el interés concedido por ambos grandes artistas de la realidad al problema de las dificultades materiales de la vida, como anchuroso campo

de observación y rica materia *novelable*, siempre fecunda en dramática virtualidad.—Muchas son, efectivamente, las novelas de Galdós que giran al rededor del problema económico en la vida burguesa.—*Misericordia* puede incorporarse á las más originales y más hermosas novelas de este grupo; pero, además, están comprendidos en el campo de observación en que se desarrolla, ciertas extremas regiones de la inferioridad social,—ciertos círculos del infierno de la humillación y el abandono,—á que había descendido pocas veces el espíritu del autor de *La Desheredada*.

Considerado con el criterio realista, es el poema prosaico de la escasez y la miseria; de la miseria, en sus manifestaciones moral y materialmente más despiadadas y más duras; desde la osada y franca que se personifica en *Almudena*, en *Pulido*, en la *tía Burlada*,—en la turba familiar (que acecha, á la puerta de los templos, el paso de la caridad),—hasta la tímida y vergonzante que se oculta en el desolado retiro de doña Francisca Juárez de Zapata,—la empobrecida señora que vive inconcientemente de la caridad que implora para ella á los feligreses de San Sebastian una criada compasiva,—ó se parapeta tras la elegancia marchita y la mal simulada distinción de don Francisco Ponte, curiosísimo ejemplar de *Lyon* caduco, tragi-cómico traicionado de la fortuna, galán venido á menos, que disfraza los rigores de su decadencia lastimosa salvando con esfuerzo heroico las apariencias de su dignidad pasada y recordando melancólicamente sus aventuras de mundano y sus buenos éxitos de declamador en las románticas tertulias de los tiempos de *Flor de un día*.

Pero además de llevar en sus entrañas la prosa verdadera de la pobreza miserable, lleva también la nueva novela de Galdós la balsámica poesía de la misericordia.—Encarna esta poesía en la figura, á veces vulgar, á veces sublime, de una anciana humilde y piadosa, que con la abnegación del oscuro y anónimo soldado para quien no se cosechan, después de la lucha, los laureles, es heroína y mártir en la batalla de la vida.—Yo no vacilo en poner esta grande alma imaginada, en el número de las más preciosas creaciones de quien ha dado al arte tantas otras que no morirán.—Sí; la *Nina* de Galdós es una figura que yo incorporaría, sin vacilaciones, á las más originales, á las más nuevas, á las más llenas de interés y más radiantes de hermosura, que sea dado encontrar en el *santoral* realista;... porque también tiene el realismo su santoral: el de los héroes moralmente hermosos que han sido amasados con el barro de la verdad y la vulgaridad humanas. Como en la *Félicité* de Flaubert, la vulgaridad tiene en ella el artístico precio que da valor á la tosquedad del material en que ha de trabajarse, cuando esa tosquedad es necesaria ó conveniente al efecto que se procura.—La ignorancia de la propia sublime abnegación,—la naturalidad en la práctica del sacrificio, como en la de cualquier acto trivial y usado de la vida,—la conformidad, de mártir ó de inconciente, para admitir la ingratitud y resignarse á la injusticia de la pena,—son otros

tantos elementos que, empequeñeciendo intelectualmente la figura de Nina, la realzan, por lo mismo, y la engrandecen moralmente, hasta tocar en los límites de la sublimidad.

Nunca de manera más oportuna que á propósito de esta figura de Galdós podría señalarse—como Menéndez Pelayo en la del *Poe Apolinar* que imaginó el gran novelador de la Montaña,—«aquel sello de primitiva grandeza que realza á la fuerza del bien cuando se desenvuelve sin conciencia de sí propia».—Y la absoluta y constante sencillez, la nunca interrumpida llaneza del cauce prosaico en que esta mansa onda de belleza moral se desenvuelve, hacen que ella penetre y se insinúe de tan suave y tan callada manera en el ánimo del lector, que no es sino después de haber avanzado un tanto la acción de la novela, cuando él nota que ha debido adorar, desde las primeras páginas, la adorable santidad del alma de Nina.—¡Arte grande y hermoso,—aun para los que nos encontraríamos, haciendo examen de conciencia, un poco amigos de lo refinado y de lo extraño,—el que consiste en obtener y realizar, sin salirse de los medios sencillos que ofrecen los aspectos comunes de las cosas, las grandes energías dramáticas y los grandes efectos!—¿No ha definido Galdós uno de los caracteres y uno de los secretos peculiares de su talento poderoso, cuando habla, á propósito de la singular fachada del templo aquel en que comienza la acción de su novela, de la necesidad de encontrar y percibir «el encanto y la simpatía que fluyen, á modo de tenue fragancia, de las cosas vulgares ó de algunas de las infinitas cosas vulgares que hay en el mundo?»

Después de Nina, la figura dominante del cuadro es, sin duda, la del moro ciego y mendicante, para quien ella, en medio de las angustias con que atiende al socorro de su propia ama desvalida, encuentra todavía tesoros de amor, tesoros de caridad, en su infinita espontaneidad piadosa.—Bien trazado está este personaje, aparentemente fácil de presentar y virtualmente rico en fuerza y en interés, pero, en realidad, difícil y de delicado empeño, si se atiende á la obra magistral que ha sido necesaria para conciliar, en su sencillo carácter, con la exactitud del estudio la belleza moral y la simpatía, y en su propio informe lenguaje la naturalidad y la verdad con el efecto artístico que no falta nunca en la pintoresca incorrección de sus palabras.—El nuevo libro llega así á valer tanto, en las páginas que Nina y Almudena ocupan, como la obra de su grande estirpe novelesca á que más íntimamente se parece: tanto como *Nazarín*. Y la pasión del ciego por la anciana misericordiosa,—de la que sólo puede adorar el alma abnegada, á la que acaso imagina dueña de una envoltura digna de ella por la juventud y la hermosura,—hace pensar en la idea de que fluye la profunda belleza ideal de *Marianela*.—Como Pablo Penaguillas, el moro de *Misericordia* cree instintivamente en la armonía necesaria de la belleza del alma y la del cuerpo. Y, ciego para la realidad corpórea, la sombra eterna de sus ojos se convierte para él, como para el enamorado de

Marianela, en la dicha de poder amar plenamente, con el alma, —con los ojos, únicos en él sensibles, del espíritu,—lo que sólo para el espíritu es amable.

Son, sin duda, esos dos magistrales caracteres, lo más hermoso, lo más profundamente interesante, lo de mayor empeño en el libro; pero además, en los accidentes, en las descripciones, en los episodios, en el desarrollo de la acción,—lo diremos antes de señalar el mérito y la verdad que hay en algunas de las figuras secundarias—¡cuánto hay que notar y que aplaudir, cuánto hay que irresistiblemente detiene el paso y la atención de la crítica!—Amirable es, en las primeras páginas, la descripción de la estampa caricaturesca de la iglesia de San Sebastián, «fea y pedestre como un pliego de alerías, ó como los romances de ciego»; risible preciosidad arqueológica, ante la que el Galdós que recibió en herencia del «Curioso Parlante» la pasión local y la manía escudriñadora del viejo Madrid, encuentra, para abogar por la conservación de aquella vieja reliquia, la razón ingeniosa de que «la caricatura monumental también es un arte».—Prodigiosos, como imitación artística del lenguaje zafio y plebeyo, son algunos de los «parlamentos» de las mendigas, y están divinamente trazadas sus figuras. —Hay grande habilidad en el relato del pavoroso descenso de la empobrecida ama de Nina. —Tiene un brillante colorido, legendario y fantástico, la relación de las visiones y las ceremonias supersticiosas del moro. Y admirables de estudio y de observación, y llenas de gracia, entre melancólica y burlona, son las páginas en que Ponte alienta los nostálgicos anhelos de opulencia de Obdulia y ambos disfrazan, en sus coloquios, la miserable realidad gracias á los sueños dorados tejidos con las reminiscencias de los tiempos buenos y las vanas esperanzas de un futuro imposible.... *Naturalidad* dichosa! Para la realidad de esta manera reflejada, para la observación que de tal manera penetra en las entrañas de la realidad y para el arte poderoso que con semejante energía la representa ¿quién se atreverá á decir que haya pasado la oportunidad, ó que haya de pasar alguna vez; ni quién dejará de sentirse cuando así se entienden las cosas—tan enamorado de lo real y verdadero como en los tiempos en que equivalía, pronunciar en literatura, esas palabras, á reivindicar un derecho y desafiar para una lucha?—Porque es realista de la realidad inmortal y porque nunca vinculó su arte con lo que en el naturalismo de escuela hubo de exclusivo, de falso y transitorio, é hizo de ese naturalismo una de las más inexplicables—iba á decir una de las más odiosas y más absurdas—entre las intolerancias humanas,—nada tiene que temer el arte de Galdós de las *oportunidades nuevas*, de las reacciones justicieras é inevitables del criterio, el sentimiento y el gusto; y puede ahora conciliar perfectamente con la consecuencia á su firme *tradición* de realismo, el «espíritu nuevo» que penetra todas sus últimas creaciones y les comunica una alta significación ideal.

Creo haber aludido, en alguna parte de esta crítica, a la profunda verdad de obser-

vación y al arte primoroso que hay en algunas de las figuras secundarias que en la nueva obra intervienen.—La de Doña Francisca Juárez y la del á un tiempo lastimero y graciosísimo Ponte, no pueden quedar sin un encarecimiento excepcional por mucha que sea la superficialidad y rapidez del análisis que se haga del conjunto. Ambas rivalizan en vida y en relieve, y están armónicamente enlazadas en el cuadro por la identidad de los motivos que prestan interés á su situación y por el fondo común sobre el que sus caracteres se destacan, sombreado por los reveses de la suerte y la infidelidad de la fortuna tornadiza.—Para pintar estas faces prosaicas y desconsoladoras de la vida burguesa: las que proceden de los efectos morales de la escasez en las almas formadas en el hábito de la abundancia, ó torturadas, por la tentación, con la ansiedad febril de poseerla, fué siempre maestro el pincel del gran observador á quien debemos los dos magistrales estudios de *Lo Prohibido* y *La de Bringas*.—En tal sentido, la figura de Obdulia tiene también rasgos felices.—Y magistralmente dibujado está asimismo el carácter de Juliana, cuya mediocridad *burguesa* de virtud presta á la abnegación de Nina el realce de su contraste con las poco simpáticas limitaciones del «prudente equilibrio» y del «término medio», y cuya entrevista—tan admirable y concisamente narrada—con la criada misericordiosa, en la escena final, es de una hermosa significación y de un profundo sentido.—Aun en las figuras más subordinadas del cuadro,—v. gr. la de los mendigos que aparecen en las páginas primeras, sobre el fondo de aquella tan donosa descripción de la Iglesia de San Sebastián,—rara vez deja de poner la mano del maestro el trazo primoroso que la acusa.

Pero el gran interés y la gran belleza,—el perfume de íntimo encanto que se desprende de la nueva novela de Galdós, y la significación peculiar que la hará destacarse en el grupo que revela y mantiene, á partir de *Realidad* y de *La Incógnita*, una tendencia nueva en el constante rejuvenecer de su talento, está en esa admirable creación de Nina,—ejemplo, que será inmortal, de cosas grandes obtenidas en el arte por medio de cosas vulgares y pequeñas,—ejemplo de *lo sublime en lo vulgar*, que, á la manera de la vieja criada candorosa de *Un cœur simple*, parece iluminado por una sonrisa *evangélica*, piadosa, del Arte grande y humano, al inclinarse, desde la cumbre, para reflejar un rayo de su luz sobre los pobres, sobre los débiles y los humildes,—sobre aquellos cuya virtud es opaca y cuyo bien realizado no aparece,—sobre los desamparados y los ignorados del mundo!

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.



Habla el viento

Soy el viejo Monarca del Sur! Soy el Austro!
Yo sacudo el planeta con mi áspero cuerno
cuando lanzo á sus vastos confines mi plaustrero
en las lóbregas alas del vértigo eterno!

Yo soy mucho más viejo que el Tiempo y la Aurora:
yo vibré con mi cuerno magnífico y hondo
la primor colosal sintonía sonora
que turbó la extensión del espacio sin fondo!

Más allá de la edad de los siglos profundos
que aguardaban la luz como inmóviles naos,
yo mecí los embriones de todos los mundos
y la sombra de Dios en las aguas del Caos!

Fué la voz con que Dios dialogó con Él mismo
en la mística noche del éter disperso.
Fué la voz con que Dios arrancó del abismo
las miriadas de Soles del vasto Universo!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy el Alma
de las cien Creaciones que atónitas duermen
en las cien Nebulosas que aguardan en calma
la explosión de los Cosmos que llevan en germen.

Yo camino sin tregua de exodo en exodo.
Yo gravito y me cierno. Yo vuelo y me arrastro.
Soy la nota del astro delante del lodo.
Soy la nota del lodo delante del astro!

Yo batí bajo el Sol de la aurora primera
mi siniestro penacho de negros efluvios,
desplegando mi ronca, flotante cimera
en la marcha triunfal de los cimientos Diluvios!

Yo arranqué cien planetas de su eje decrepito,
presidiendo en la noche de su hondo desmayo
con mi trágico cuerno de fúnebre estrépito
las sombrías victorias del trueno y del rayo.

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy el Sopro
de las hondas y mudas y abruptas cavernas
que el fatal entrelismo labró con su escoplo
en el recio cristal de las nieves eternas.

Soy el fiero Titán del País de los hielos.
Yo desquicio y aviento sus lividas moles,
apagando con ellas detrás de los Cielos
la gigante espiral de la luz de los Soles.

Yo acaudillo las nubes del trópico mismo
en mi audaz y veloz rotación meridiana,
arrastrando el inmenso temblor del abismo
en el ronco fragor de mi marcha oceana.

Yo paseo el sangriento pendón de las olas
de confín en confín con furor siempre nuevo
bajo el arco triunfal de las cien auroras
de Eridano y Orión, del Terror y el Erebo.

Soy el el viejo Monarca del Sur!—Soy el Grito
del siniestro y sombrío Prodigio mayúsculo!
Soy la voz del Enigma de espuma y granito
del extraño y solemno País del crepúsculo!

Yo dilato la noche caótica y rauda
por las órbitas de oro del éter areno,
despertando al compás de mi undivaga cauda
las cien roncas y ardientes campanas del trueno.

Yo abro y rompo mi marcha titánica y fuerte
como heraldo veloz de los negros presagios,
arrancando á mi cuerno detrás de la Muerta
la salmodia fatal de los grandes naufragios.

Yo conovoco á lo lejos las fúnebres rondas
de los cuervos del agrío, salvaje arcobipélogo
al festín de las mudas catástrofes hondas
con que aterro á mi paso las sirtes del piélagos!

Soy el viejo Monarca del Sur! Soy Eolo!
Yo vi alzarse del Ponto la América informe.
Yo la vi dilatarse de un polo á otro polo
bajo el nimbo espectral de un relámpago enorme!

Yo la vi levantarse del ámbito opaco
de la noche sin fondo del vasto Nirvana!
Yo la vi saludar el inmenso Zodiaco
con la voz colosal del clarín del Hosanna!

Yo vi alzarse sus Islas del Ponto sonoro.
Yo las vi desplegarse gallardas y eubolitas.
Yo las vi constelar como pléyades de oro
los caóticos golfos que azotan sus Deltas!

Yo vi erguirse los Andes detrás de la bruma.
Yo los vi descollar como un Rey de cien cascos,
entre cien formidables columnas de espuma,
con su ardiente diadema de abruptos peñascos!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy el Genio
del País de cristal del abismo salóbrigo.
Yo dilato mi voz más allá del proscenio
del Pacífico azul y el Atlántico lóbrego!

Yo despliego y enciendo la cárdena mecha
con que estalla y retumba la eléctrica bomba
de la rona y gigante borrasca deshecha
que desposa en el rayo la nube y la tromba!

Yo arrebató en las alas del vértigo ciego
el salvaje compás de las liras estigias
con que cantan las nupcias de espuma y de fuego
de la Tierra y la Luna y el Sol las Cicigias!

Yo levanto cien negras pirámides de agua
bajo el vasto vaivén del pendón que tremolo,
arrastrando á la cumbre del agrio Aconcagua
la legión de los cien torbellinos del polo!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy la Rima
de los hondos y entraños y oscuros salterios
con que canta la Esfinge del antro y la cima
el enigma fatal de los negros misterios.

Yo llevé de ola en ola con impetu ronco
al profundo confin de la Europa remota
esculpida en la enorme corteza de un tronco
la grandiosa visión de la América ignota!

Yo vi erguirse la Iberia detrás de sus barcos;
y lanzarse á las playas del gran mundo Edenio;
y esculpar sus volcanes de tálidos arcos;
y alavar en sus nubes la enseña del Genio.

Yo vi enanos sus hijos después de ser grandes.
Yo los vi ser infames después de ser justos.
Yo los vi transformar el altar de los Andes
en cadalso brutal de cien pueblos augustos!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy el Genio
que rodar en sus antros los siglos escuchan
cuando marchan soplando sus trompas de bronco
entre noches de fuego los pueblos que luchan.

Cuba, sierva batallín!—Convoca sus iras,
tremolando en la arena su enseña de gloria.
Yo recojo en mi cuerno la voz de sus liras
y la lanzo en las alas del trueno á la Historia.

Mi hondo cuerno retumba!—Que vibre! Que vibre!
Que atraviese la noche!—Que suba! Que suba!
Que fulmine el baldón de la América libre
ante el trágico altar de las Hortias de Cuba!

Soy el látigo rojo que azota y que hiero.
Soy el Indio eterno que se alza y que manda:
¡Oh vil Pueblo opresor!—Arrodillate y muere!
¡Oh gran Pueblo oprimido!—Levántate y anda!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy la Alfanje
que sacude Dios mismo con ira sinistrea
cuando sobre la torpe, rebelde falange
de los pueblos insanos, desarga su diestra.

Soy la inmensa venganza de Dios!—Yo derribo
los imperios malditos que El mismo me nombra.
Yo anonado su orgullo soberbio y altivo
aventando sus ruinas, borrando su sombra!

Yo llevé las tinieblas del hondo desmayo
á las negras pupilas del Águila ibérica,
enciendiendo la llama del cárdeno rayo
en las rojas pupilas del Cóndor de América!

Yo atroné con mi cuerno recóndito entonces
á Erytano y Orión, al Terror y el Erebo,
entonando los coros, batiendo los broncos
del primer himno libre del gran Mundo Nuevo!

América, salve! Ya se alza la raza de bravos titanes
que allá en tus gigantes y ardientes entrañas tú alien-
[tas y animas,
ya mides sus iras con tus formidables sangrientos
[volcanes,
ya mides su talla con tus colosales graníticas cimas.

América, salve! Ya cruzan tus huestes de audaces
[guerreros
tus pampas de arena, tus cumbres de nieve, tus vastos
[confines.
Ya llevan tendidos el arco del rayo sus tersos aceros.
Ya llevan tendidos el arco del trueno sus roncos
[clarines.

Son todas las hordas de tus voladores, crinados cor-
[celes
borrascas que ruedan al lóbrego empuje de cien aqui-
[llones.
Son todas las selvas de tus diluvianos, gallardos
[laureles
miríadas de liras que arrojan al viento miríadas de sonos.

Tus pardos leones desfilan rugiendo por donde tú
[ovanzas.
Y parten dejando los rastros sangrientos de tus espu-
[majas.
Y cruzan las mudas llanuras de fuego de tus lonta-
[nuzas
batiendo en la bruma sus largas melenas de reyes
[salvajes.

Tus cóndores negros desfilan graznando por donde tú
[subes.
Y escalan contigo de abismo en abismo tus agrios pe-
[ñascos.
Y entonan soberbios y roncos Peanes detrás de las
[nubes.
encima del cráter que enciende tus lanzas y alumbrá
[tus cascos.

Tú trazas con hondo fulgor cometario tus cien tra-
[yectorias
llevando en las alas de tu visionaria sublime neurosis
los rojos trofeos de cien luminosas y excelsas victorias
delante del ara del gran capitolio de la apoteosis.

PEDRO A. GONZÁLEZ.

Santiago de Chile.

ACUARELAS

EL VERDADERO AMANTE

En el bonito *boudoir*, cuajado de telas y *bibelots*, de estatuas y cuadros valiosísimos y bajo la luz del quinqué que una artística pantalla de la China teñía con el más suave color de rosa, Lisa, ayudada por su linda amiga Violeta, concluía de desabrocharse los guantes. Después, y mientras arrojaba el sombrero sobre el mullido canapé de seda de la India con grandes lotus acarinados tejidos en relieve, apretó el botón del tim-

bre eléctrico que un amercillo en bronce sustentaba al lado de la espléndida estufa.
—No salgo ya—dijo á la doncella.— Á Juan, que desenganche; tú, tráeme el servicio del té.

Y siempre con ese airecillo de reina impetiosa, con movimientos rápidos, soltó los lazos de su tapado, que arrojó también lejos, al acaso.

—Contrarian de verdad estas visitas cuando se tenía el propósito de salir.

Un elegante florero de cristal azul-cielo, cuajado de violetas, rodó al suelo bajo la nerviosa mano de la niña.

—Vaya! no seas tonta—dijo entonces Violeta entre dos frescas carcajadas.—Tú también tienes un geniecillo....

—¿Y quién no lo tiene, cuando todo sale más torcido que cuerno de cabra? Mira: ahora es el pebetero... ¿quién le habrá puesto sobre esta mesa la jaca?

Y con un crujido argentino de sus cadenas sobredoradas, el hermoso pebetero de plata—una maravilla del cincel—fué rodando hasta el suelo, á confundirse con los pedacitos de cristal del florero roto.

La verdad es que la hermosa niña estaba enojadísima con la visita de Aubrilly, que le privaba ir al Prado. Sus bonitos ojos negros despedían reflejos metálicos, y sus labios purpúreos se contraían con ligeros pliegues de ira. Ahora, el *boudoir* era quien pagaba los vidrios rotos. Una diminuta acurela de Nittis, con marco de *peluche* y guarniciones de bronce, fué volando, por el aire, confundida con un álbum de nácar.

Violeta la miraba sonriente, sentada en un sofá con adorable descuido y jugando con su tarjetero de finísima piel de Rusia. Pero cuando Lisa, en el colmo de su enojo por haberse enganachado los encajes de su vestido entre un bastidor del biombo, trató de castigar á éste, no pudo más contenerse, y, cogiendo por la muñeca á la airada leoncilla, le dijo:

—Basta de tonterías, querida. Siéntate y hablemos.

La verdad, que fuera un crimen destroz ar aquel mueble espléndido, que se alzaba en un rincón de la pieza con su seda color verde-mar y sus cigüeñas de plata bordadas en relieve. Era un regalo de Raúl; una joya de arte.

La criada entró el servicio: dos tacitas de trasparente porcelana con dibujos chinoscos, la azucarera y una tetera de plata.

—¿Quiere algo más la señorita?—preguntó.

—Que me dejes en paz—exclamó ásperamente la joven; y se sentó, casi sofocada, en la hamaca, junto al *secrétaire* de palo de sándalo.

—¿Le tienes fastidio á Alfredo?—preguntó entonces Violeta.

Lisa miraba distraídamente los dibujos de los gruesos tapices turcos que cubrían el suelo; después, repentinamente, y volviendo los ojos á su linda amiga, contestó:

—Fastidio? ¿Por qué? Me contraría únicamente....

—Sí, ya sé; no haber salido. Pero con no haberle recibido cuando vino, me parece....

—Mira, no hablemos más.... ¿Quieres tú servir el té?

Violeta sonreía picarescamente. Fué hasta la mesa y sirvió las dos tazas. Luego, murmuró con su vocecita llena de notas graves y serenas:

— Es que á mí me interesa ese muchacho. . . .

— Ah! ¿te interesa?

— Un poco.

— Pues, si quieres, puedo darte algunos detalles.

— Eso es lo que yo quería. Hay en él algo extraño que atrae. . . . ¿Qué quieres? Yo siempre he sido así. . . . Me gustan los tipos originales, enigmáticos. . . . ese Aubrilly, por ejemplo. Hay en sus ojos una falta de vida que desconsuela; hay en sus labios un dejo de amargura é ironía que irrita los nervios; en su rostro los músculos adquieren una dureza de estatua, que espanta; hay, en fin, en el timbre de su voz algo de rudo, algo de violento, algo muy triste que conmueve el corazón. Por eso quisiera saber quién es ese hombre.

— Me parece que Aubrilly te está gustando. . . .

— Puede ser. . . . es la primera vez que le veo; pero su gesto, su mirar, su voz, ese aire dominante, casi despótico, no me disgusta. . . . Yo creo, mi buena Lisa, que he nacido para esclava. . . .

— ¡Guay de los amos! — murmuró Lisa.

— ¿Te burlas, eh?

— No, hija. . . . ¡Pero este té está horriblemente caliente! . . .

— Trae, trae la taza.

Y temiendo que su amiga fuera á darla contra el suelo, Violeta se la quitó, de las manos, depositándola sobre la mesita de laca. Hecho lo cual, agregó:

— Conque, ¿me das algunos datos?

— Bueno, oye: yo no sé si tú sabes que Alfredo Aubrilly está casado con una preciosa mujercita, Jacoba Viena, á quien casi dobla la edad. Según él mismo declara, este es el más grande error que ha cometido en toda su vida. Jacoba es una muchacha hermosísima, de unos veinte años, morena, apasionada y muy romántica. Se casó con Aubrilly creyendo amarle mucho, tal vez. Él, por su parte, la adora con locura y satisfacción todos sus caprichos. Bueno, amable, generoso y realizando todos los deseos y gustos de su mujercita, pareciale profundamente reconocido de que ella hubiera contraído enlace con él. Los dos primeros años de matrimonio rodaron tranquilos y apacibles sin que jamás la menor sombra de duda viniera á empañar el limpiísimo cielo de sus amores.

Tenía Aubrilly un amigo, Gaston de Marshy, al que apreciaba en alto grado. Era, tal vez, su único amigo. Vefaseles continuamente juntos en la calle, paseos, teatros, salones, en el café ó en el club por la noche, y comiendo juntos en el restaurant á medio día.

Así las cosas, cuando un día Jacoba pareció cambiar repentinamente su modo de ser: dejó de ser amable con el esposo, le contradecía en las cosas más insignificantes y armábase disputas endiabladas á propósito de cualquier futilidad. El bueno de Aubrilly sufría pacientemente aquellas genialidades; mostrábase siempre cariñoso con su esposa;

rehuía toda reyerta inútil y dábale la razón, aunque no la tuviese jamás.

Lisa, al llegar aquí, cogió su taza de té, bebió en ella á pequeños sorbitos, y continuó después, los ojos un tanto entrecebrados:

— El caso era que la señora Jacoba Viena había concluido por convencerse de que no quería á su esposo. Ella había soñado, como el ideal de toda su vida romántica, con un hombre poético, extraño, sobrenatural. Pero ahora le resultaba que su marido, en la vida diaria era un hombre vulgar, sencillo y de la misma pasta de los demás hombres.

Aquello volcó todos sus ensueños de mujer, y poco á poco, cuando se convenció á sí misma de que era una pobre mártir, una niña secuestrada al amor y al placer por aquel ogro horrible, concluyó por aborrecerle.

Entonces fué que reparó en el amigo de Aubrilly, en Marshy, y extrañóse sobremanera que, viéndole todos los días, no hubiera caído antes en la cuenta de que aquel joven rubio, delgado, de grandes ojos azules, un tanto pensativo, con un dejo de amargura entre sus labios finos y nerviosos, fuera la completa realización de todos sus ideales.

Excuso narrarte, — prosiguió Lisa, retirando con la punta de su diminuta botita un taburete dorado — cómo empezaron los amores de Jacoba y Marshy. Tan sólo te diré que tan poco se cuidó la esposa de enganar al esposo, cuanto Marshy á su amigo.

Cosa fuerte debe ser el amor para que haga olvidar. . . . ; Pero este maldito mueble no quiere dejarme tranquila! — exclamó interrumpiéndole la narradora; y con un movimiento rápido hizo rodar el artístico taburete de terciopelo azul, labrado con sedas de colores. Después, un tanto temblorosos los labios por el enojo, prosiguió:

— El caso es que un buen día el pobre Alfredo, al volver de una de sus cacerías, encontróse con que su Jacoba tan querida había huído del hogar conyugal. Averiguó con gran calma el paradero de la fugitiva, y supo, también, que su amante era Gaston de Marshy.

— Ya sé el final — interrumpió Violeta, retirando con fastidio su taza de té. — Sorprendió á los culpables, les dió muerte y se quedó tan fresco. . . .

Una sonrisa imperceptible se enhebró entre los finísimos labios de Lisa, diciendo á la linda amigueta que había errado de medio á medio.

— ¿Cómo, no los mató?

— No; — contestó gravemente Lisa. — Alfredo, querida mía, es el tipo del verdadero amante, y no comete ningún acto que importe una falta de *chic*. He ahí por qué él mismo dice que su más grande error es el haberse casado. Un hombre como él es amante de las mujeres, pero no marido. ¿Entiendes?

— Ya, ya. Algo de eso he leído en un libro de Bourget que dejó olvidado días atrás en mi salón ese pajarito de Roberto. Continúa, pues.

— Aubrilly indagó cuál era el estado pecuniario de los amantes, y convencido de la

estrechez y miseria en que vivían. . . . ¿qué dices tú que hizo?

— ¡Qué sé yo!

— Pues oye. Por lo pronto, se soltó á sí mismo este racionio: Jacoba es una pobre niña romántica, de quien podría ser yo el padre. En su hermosa cabecita no caben más ideas que las que puede tener un gorrión. Yo la he arrancado sus sueños de niña para traerla á este hogar frío, sin poesía ni encantos celestiales. Yo he hecho de ella mi mujer cuando ella aun no comprendía que, al darme su mano, me hacía su marido. Yo he sido, pues, su primer seductor; yo he sido el primero en perder su alma! — Dejaba á un lado el bueno de Alfredo este racionio, para seguir muy luego este otro: Jacoba tiene un derecho natural á ser feliz; yo he coartado ese derecho. Ella ha comprendido que no me amaba, que yo le era odioso, como comprendió al mismo tiempo que Marshy era su ideal, todo su amor. Á él se ha entregado: él es su verdadero esposo. — Unía luego los dos razonamientos, y concluía: Luego, yo he robado á Jacoba su ideal y su ventura durante dos años consecutivos: le debo una reparación. — Y al día siguiente, Aubrilly enviaba á su esposa una buena suma de dinero para que atendiera á su subsistencia, ofreciéndole otra suma igual todos los meses. ¿Qué dices á esto?

Violeta, encantada, jugaba con su lindo tarjetero de finísima piel de Rusia. Su ideal se completaba. Aubrilly era el hombre con quien soñara. Así es que oyó concluir la narración de Lisa con lágrimas de alegría y sin recriminarle á ésta el que, con sus movimientos nerviosos, rompiera una Psiquis de mármol que se alzaba provocativa sobre la chimenea.

— He aquí, ahora, el final. Según parece, Marshy concluyó por fastidiarse de su amante, y la abandonó. Jacoba Viena volvió entonces al hogar abandonado, sin arrepentimiento, sin pedirle perdón al ofendido esposo; antes bien, quejándose á él del infame que la había engañado. Aubrilly buscó entonces á Marshy y le dijo: «Usted ha abandonado á Jacoba, engañándola vilmente, llenándola de dolor. Usted va á unirse nuevamente con ella ó de lo contrario usted se batirá conmigo.» — Marshy aceptó el duelo, y al día siguiente Alfredo Aubrilly le daba la muerte, metiéndole una bala en el corazón á veinte pasos de distancia.

VICTOR PÉREZ PETIT.

1890.

Una carta

Buenos Aires, Noviembre 14 de 1897.

Señor Carlos Martínez Vigil

Montevideo.

Distinguido literato y amigo:

En mi poder los ejemplares de la *Revista*, que tuvo á bien enviarme, — con cuya lectura he pasado momentos verdaderamente deliciosos, — agradezco el obsequio y felicito cordialmente á V. por el valioso contingente intelectual que á la expresada publicación presta su talento.

Sentí mucho que no llegara también el libro de que me habla en su carta, y ya voy perdiendo la esperanza de que aparezca en el correo de aquí, que sin duda por estar en la casa que habitó Rozas, es una ladronera de correspondencia.

Mi hermano Alberto me pide agradezca a V. sus palabras de estímulo; pero dice que ya no le quedan deseos de volverlo ó poner los frenos al corcel de Andrade, que no es para montado por «maturrangos.» Esas crepitaciones del espacio, con voz de apocalípticas bravuras, unidas á los tumbos del indómito Pegaso habituado á salvar abismos y á escalar astros y montañas, lo han dejado más molido que al héroe de Cervantes su descomunal batalla con los molinos.

En cambio yo no escarmiento, y menudeo mis excursiones al Pindo, entrándome esta vez por el oscuro laberinto de la mitología helénica. Los tres sonetos que van adjuntos son un pobre testimonio de ello.

Disto mucho, sin embargo, de ser ése el género de poesía que cautiva mi espíritu y me arrastra hacia las regiones encantadas de un ideal para mí irrealizable. Ni los gnomos amarillos, ni las oceánidas azules, llenan en manera alguna mis aspiraciones literarias, ni menos pueden conmover el corazón de un siglo tan prosaico y positivista como el nuestro, donde no caben ya las cabriolas de Pan ni su extraño dualismo de hombre y de chivato; pero hay que mostrarse cortés con la musa y aceptar sus presentes tal como vienen, entreteniéndose la sed de lo imposible con el falso licor de las inspiraciones efímeras y momentáneas.

Felizmente para la literatura uruguaya, si existen de este lado del Plata dos hermanos que no saben penetrar en los jardines de Apolo sin devastarlos, hay en cambio dentro los muros de la moderna Troya, otros dos hermanos en la inteligencia y en la sangre que son los Cástor y Polux de esas mismas letras tan ultrajadas por nosotros.

Á ellos, pues, nuestros afectuosos saludos, con las más sinceras protestas de admiración y de respeto.

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

MITOLÓGICAS

CERBERO

Guardando el antro á su furor confiado,
Ruge el trifauce en la caverna umbría,
¡Ay del que huyendo la mansión sombría
Fuese hasta él á provocarle osado!

Á su cadena sempiterna atado,
Hunde sus garfios en la roca fría,
Y á cada presa que Plutón le envía,
Contra sus hierros se revuelve airado.

Imagen pavorosa del destino,
Símbolo eterno de la eterna pena
Á nuestra suerte para siempre unida!

¿Por qué, al cruzar el mundanal camino,
Tropieza el hombre en tu infernal cadena,
Oh Dolor, oh Cerbero de la vida?

CARONTE

Vedle; ya llega; del Estigio lago
Choca su barca la fatal ribera;

Ya de las almas que Plutón espera
Se oye á lo lejos el murmullo vago.

Cual yermo campo que taló el Estrago,
Negra es del Orco la pendiente fierra;
Por ella bajan en veloz carrera
Los que nun resisten á su sino aciago...

No hay esperanza ya! sobre la proa,
Firme en la diestra el formidable remo
En pavoroso garfio rematado,

Hiere Caronte al que piedad implora;
Y hacia las playas del dolor supremo
Vuela el esquifo con vigor lanzado!

CITEREA

De la onda verde en el columpio leve
Lanza sus cisnes de rizada pluma,
Y alzando copos de brillante espuma
Vuela su esquife nacarado y breve.

Pálido trozo de viviente niere
Fingo su cuerpo de la mar espuma;
Y entre cendales de impalpable bruma
Oro de Osir sobre sus hombros llueve.

Lejos, tendido en la feliz ribera
En donde el astro de su amor fulgura,
Columbra á Anquises, que impaciente espera;

Llega; le ve, se embriaga en su hermosura;
Destrenza ante él su blonda cabellera.....
Y cierra el bosque su penumbra oscura.

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

Buenos Aires.

Á mi patria

Á Eduardo Ferreira.

Desde que en sueños te vi
Llena de gloria y de encantos,
En todos, todos mis cantos
Siempre hay algo para tí!
Mas, si extraño frenesi,
Tendiéndote infames lazos,
Pretende hacerte pedazos,
Al primer grito que das,
Verás un arma en mis brazos,
Verás mi lira á tus pies!

Brilla el sol en tu bandera,
Que va de la gloria en pos,
Como un gran beso de Dios
Sobre tu frente hechicera;
Y su abriantada esfera
Es el círculo de rayos
Que en tus fiestas, que en tus Mayos,
Al són del himno oriental,
Te ofrendan los uruguayos
Como un escudo imperial!

Desde el labio de la rosa
Á la onda azul y lasciva
Todo dice: ¡viva! ¡viva!
Esta tierra primorosa!
Y hasta en la siesta ardorosa,
Cuando canta la cigarra
Y la sombra de la parra
Busca el gauchito nacional,

Nunca falta una guitarra
Que vive al pueblo oriental!

En tus alegres praderas
Y en las riberas de tus zanjias
Forman tus flores las franjas
De colosales banderas;
Que en nuestras luchas guerreras
Siempre han quedado pobladas
De tumbas no recordadas
Por el pueblo del valor,
Y esas tumbas olvidadas
Son las que dan tanta flor!

Cuando el sol nace y colora
Lo que con la luz anega,
Parece un mago que llega
Y á tus pies deja una aurora.
Y en esa brillante hora
Los que te sueñan, te ven
Sonriéndote al vaivén
De un gran columpio da luz,
Sobre un trozo del Edén
Y bajo un cielo andaluz!

El Uruguay, cual ladrón
Que te trae joyas mil,
Baja huyendo del Brasil,
Pensando en tu corazón;
Y te brinda en profusión,
Cual fulgente catarata
Que sus riquezas desata,
Las ondas de espumas bellas
Que hacen del inmenso Plata
Una corriente de estrellas!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

«La Vida Nueva»

OPÚSCULO DE 60 PÁGINAS, DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(DE «EL COMERCIO» DE LIMA)

Como voz vibradora de la espiritualidad que no muere; como clamor de un proscrito del Ideal moderno; como protesta contra la Objetividad vulgar del Arte que, matando el espíritu, ha pretendido suprimir el sentimiento, el amor, y todo lo bello y sublime que del ser humano se irradian,—así han brotado de la pluma del notable literato José Enrique Rodó, las páginas que, cual deliciosa golosina, habrán devorado muchos lectores.

Tres son los artículos que forman este opúsculo, y con las cualidades de la literatura que tiene médula y á la vez belleza y novedad, destácase el titulado: *El que vendrá*, donde se ve y se siente, vivo y palpitante, el sombrío drama de la conciencia contemporánea.

En su sintético estudio de las escuelas del Arte moderno — aparecidas y crecidas con bríos de gigante, y vanidades de absolutismo, para luego caer con estertores de agonia anémica é irremediable, — increpa á esas escuelas el haber pretendido « cerrar con las puertas de ébano de la realidad, la era dorada de los sueños. »

Y al mirar y estudiar las deficiencias de todas las teorías modernas; al descubrir la incipiente, el vacío y la decepción por do quiera, desbórdanse de su alma, frases ex-

exuberantes de belleza, ideas generosas, lucubraciones sombrías, adivinaciones sibilinas... Y levantando su espíritu hacia las regiones proféticas, mira venir al gran Revelador, al nuevo Profeta, ese Colón de la vida humana, destinado á descubrir el mundo de armonía de paz y venturanza; que todos esperamos!

Apotrofando á ese misterioso é indefinido sér que él en sus ansias vislumbra, cual nuncio de grandes evoluciones en el Arte y la Vida, exclama: — «Revelador! Profeta á quien temen los empecinados de las formulas caducas, y las almas nostálgicas esperan!»... ¿cuándo llegará á nosotros el eco de tu voz dominando el murmullo de los que se esfuerzan por engañar la soledad de sus ansias con el monólogo de su corazón dolorido?

«Sobre qué cuna se reposa tu frente que irradiará mañana el destello vivificador y luminoso, ó sobre qué pensativa cerviz de adolescente bate las alas el pensamiento que ha de levantar el vuelo para ocupar la soledad de la cumbre? Ó bien — cuál es la idea, entre las que iluminan nuestro horizonte como estrellas temblorosas y pálidas, la que ha de trasfigurarse en el credo que caliente y alumbre como el astro del día? ¿De cuál cerebro entre los de los hacedores de obras buenas, ha de surgir la obra genial?

«De todas las rutas hemos visto volver los peregrinos, asegurándonos que sólo han hallado ante su paso el desierto y la sombra ¿Cuál será pues el rumbo de tu nave? ¿En dónde está la ruta nueva? De qué nos hablarás, revelador, para que nosotros encontremos en tu palabra la vibración que enciende la fe, y la virtud que triunfa de la indiferencia, y el calor que funde el hastío?

«Cuando la impresión de las ideas ó de las cosas actuales inclina mi alma á la abominación ó la tristeza, tú te presentas á mis ojos como un airado y sublime vengador. — En tu diestra resplandecerá la espada del arcángel. El fuego purificador descenderá de tu mente. Tendrás el símbolo de tu alma en la nube que á un tiempo llora y fulmina. El yambo que flagela y la elegía constelada de lágrimas hallarán en tu pensamiento el lecho sombrío de su unión.

«Te imagino otras veces como un apóstol dulce y afectuoso. En tu acento evangélico resonará la nota de amor, la nota de esperanza. Sobre tu frente brillarán las tintas del iris — Asistiremos, guiados por la estrella de Belem de tu palabra, á la aurora nueva, al renacer del ideal — del perdido ideal que en vano buscamos, viajadores sin rumbo, en las profundidades de la noche glacial por donde vamos, y que reaparecerá por tí, para llamar las almas hoy ateridas y dispersas, á la vida del amor, de la paz, de la concordia...»

Así habla José Enrique Rodó, y nosotros queremos decirle: — No le importe la sonrisa desdenosa é incrédula del vulgo que habrá de mirar esas páginas como delirios calenturientos y visionarios de rica y exaltada imaginación. No le importe si tal vez son clasificados de orgías coloristas de literatura modernista. No le importe.

Los que amamos lo bello, delicado y sen-

timental, en las esferas altas de la vida, vemos en esas vibrátiles páginas, no sólo literatura colorista, iluminada por centelleos imaginativos, sino también, algo más futuro, más humano, más real.

Esas visiones, esos presentimientos, esos vuelos hacia un mundo supremo é ideal, son algo que pertenece á la constitución del sér humano, en sus manifestaciones psicológicas y en su índole superior. Es el cretismo de esa dolencia *fin de siglo*, indefinible y honda como nuestros anhelos y nuestros dolores.

Todas las aspiraciones encendidas é intensísimas que han conmovido á los pueblos, han culminado en verdades positivas, en hechos reales, en vida nueva.

Las profecías mesiánicas de los pueblos orientales no fueron más que el eco de clamores, de angustias, de anhelos, hondamente sentidos por seres torturados por el mal y la corrupción.

En el hombre hay una luz que clarea aún en medio á las tinieblas más sombrías.

La Humanidad, lanzando alaridos dolorosos, llenando los ámbitos del mundo con sus ayes y lamentos, y clamando por ese amado ideal de vida perfecta, es nada más que el niño llegado á la edad de la razón, y de las visiones adolescentes; llora, gime, se debate, desesperanzada y potente, pero presentiendo que llegará el día en que ha de ser fuerte, activa, buena y dichosa.

No, no es sólo el poeta el único que en su mente acaricia esos hermosos ideales; todos miramos hacia las tenebrosidades de lo porvenir y allí vemos clarear hermosa aurora; la aurora de la felicidad humana... Allí vislumbramos al hombre perfeccionado al influjo de doctrinas y creencias nuevas; regenerado, ennoblecido por la Moral Positiva, deducida de las ciencias que estudian al hombre en sus manifestaciones psicológicas y fisiológicas.

Entonces regirá el credo filosófico incubado y nacido en el cerebro de los pensadores para infiltrarse en las multitudes y formar sus sentimientos.

Nosotros también, aunque sin dejarnos dominar por el antropomorfismo de un revelador ó profeta, vemos venir con regocijada mirada, aquella raza de hombres que, aun teniendo nuestra misma inteligencia y nuestro mismo corazón, alcanzarán el más alto perfeccionamiento, emancipándose de las pasiones egoístas que tuercen y atrofian la índole noble del hombre.

Entonces cesará la lucha despiadada y asesina, en la cual las fuerzas sociales abandonan al hombre bueno que trabaja y produce, para inclinarse hacia los que forman la mayoría especuladora, que fanatiza, miente y entenebrece el mundo de las ideas. Ellos, semejantes al fabuloso pulpo, tienen cien brazos para enlazar y comprimir y cien bocas succívoras para devorar á sus víctimas.

Y en presencia de esos fantasmas que manchan y ennegrecen, porque tienen del pasado el orín de los metales falsos y los lepidópteros de los edificios vetustos, también nosotros, como el autor de *La Vida Nueva*, sentimos anhelos de exclamar: — «Revelador! revelador!... la hora ha llegado!... El Sol que muere ilumina en to-

das las frentes la misma estéril palidez, descubre en el fondo de todas las pupilas la misma extraña inquietud, el viento de la tarde recoge de todos los labios el balbucear de un mismo anhelo infinito, y ésta es la hora en que «la caravana de la decadencia» se detiene angustiosa y fatigada...

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA,

Lima.

BAJO LAS ACACIAS

Mientras la luna, emperatriz del alto imperio,
En las tinieblas del azul deja su rastro,
Ven á las frondas que nos brindan su misterio
Bajo la lumbre melancólica del astro.

De tus hechizos en el dulce cantiverio
Te dió versos, versos de Eugenio de Castro,
Y pondré besos en el óblido hemisferio
Do tu albo seno, de tu seno de alabastro.

Entre las hebras perfumadas de tus rizos
Un hada buena dejó ocultos sus hechizos;
Puso en tus formas el encanto de sus gracias,

Y dé tus labios hizo nidos misteriosos
Donde mis besos se refugián rumorosos
Bajo las frondas de las trémulas acacias.

CARLOS ORTIZ.

MANUEL B. UGARTE

A José Enrique Rodó.

En las pléyades juveniles del Plata, Ugarte es uno de los éfebos triunfadores. Destácase entre la gente nueva, en actitud de diocesillo que provoca. Va camino de las cumbres, y en la escarpa más atrevida ha desenvuelto, con mano añebrada y nerviosa, el oriflama de los que sueñan victoria. Y ahí está la ondulante y enarbolada enseña, engriéndose en asombrosas plenitudes de luz.

Precoz, demasíadamente precoz, sintió estremecerse su alma con el *escalofrio sublime*, que dice Clarín. Los quince años apenas oreaban su frente de níbil, cuando ya él, como un esparcimiento de mirlos, dejaba escapar la nidada de sus canciones. Fué allá, en la ciudad-cerebro, París, donde estallaron, como yemas, los primeros brotes del ingenio que hoy nos sorprende. ⁽¹⁾ Después, de vuelta ya de la deslumbrante capital francesa (1890), Ugarte vigorizóse, con provecho, en los vuelos seguros del pensamiento y en la gimnástica flexible del estilo y de la frase. Hizo entonces hablar activa, despertadora de entusiasmos. Y qué eflorescencia la de ese cerebro joven! Derrochó, con prodigalidades de príncipe, el oro de su producción en las *revistas* más afamadas de los círculos del Arte. Indignado al ver el vaho de las charcas opacando la nieve de las cumbres, fulminó su célebre sátira política. ⁽²⁾

⁽¹⁾ Publicó sus ensayos poéticos en el *Avris-Plata*, periódico que el año 1890 redactaba, en París, D. Rafael Fraguero.

⁽²⁾ *Thema Grotesco*, Buenos Aires, 1888.—Se han hecho cinco ediciones.

Y obsequiémos tras ella con sus PÁGINAS y sus VERSOS, (1) desgranamiento de perlas, entre las que, si las hay falsas, las hay, también, de riquísimo oriente. Más tarde vino LA REVISTA LITERARIA (2) á encerrar, como estuche, las joyas de los artifices americanos de última hora. LA SERENATA (3) es la vibración postrera, que hemos escuchado de la lira de Ugarte, antes de partir de nuevo para Europa. Y sugestiva poesía es ésa. Parece soñada por Becquer y ejecutada por Darío Herrera, si bien, á veces, *el piano se encrespa*, como él mismo dice.

Ugarte recorre la gama del verso con la facilidad del ruiseñor que gorjea. Tiene estrofas que arrullan como murmurio de corriente leda, que acarician como un ósculo rápido, callandito. Hay en ellas suavidades de favonio, delicadezas de ritmo, pianísimos de cítara. Recuerdan más á Selgas que al poeta sonámbulo de las *Rimas*. Sus octosílabos no son ironías que se quejan, sino astesmos que halagan. Traspasantan un amor plácido, sin el claro-oscuro germánico. De aquí que, más que un ramillete de becquerianas, formen un collar delicadísimo de madrigales. Su factura es romántica; pero correcta y noble, de las épocas de selección del género. Ugarte salmodia en los altares de la bien amada con la ternura, sencillez, espontaneidad de un lírico de la mejor cepa. El verso erótico brota ingenuo de su numen, sin que una exageración ó lágrima de plañidera ajen el tál correcto de su veste. No ha confundido él, como otros, el sentimiento, alma de la poesía, con el sentimentalismo, morbosidad que la mata. Y es por ello uno de los pocos que lejos de desbordarse en sus arrebatos pasiónicos, los ha condensado en monóstrofos «breves como una impresión» y significativos como una leyenda.

Ugarte ha rendido también parias á la Musa excelsa, á aquella que golpea ó medita ó arenga. Sí: en los últimos tiempos se ha descubierto en las bastías de esta gran poesía. Causado de las mansedumbres del arroyo, navega ya en plenas majestades de océano. Sigue, y con no escasa fortuna, las huellas de *Almafuerte*, ese bardo isaico que no ha tenido imitadores, porque donde él sabe llevar los vuelos es difícil sostenerse. Ahí están, como una proclamación de los triunfos del adolescente argentino, estrofas tan gallarda y tan enérgicamente cortadas como las de *El Murciélagos*, *Girón* y aquellas de la célebre *Epístola*, aplaudidas por el mismo maestro. Los endecasílabos de Ugarte son, pues, forjados en el yunque del autor de *Plebeyas*. De aquí su tonalidad severa y su noble corrección. No los exorna con la opulencia modernista de un Chocano, ni los reviste con las rarezas sugestivas de un Lugones. Y no está expuesto, por ende, á los disloques hiperbólicos del primero, ni á las excentricidades típicas del segundo. Si algo le falta es el colorido luminoso, el relieve mórbido y la línea túr-

gida. Así la idea —perdónese la metáfora— imprimiría en la túnica de la forma el contorno de sus músculos. La expresión, entonces, tendría más cabrilleo de vida y la sensación estética dejaría en el alma un surco más hondo, más profundo. No quiere decir esto, que en los versos de Ugarte no haya giros que recuerden lo nuevo. Los deslumbramientos de las escuelas *fin de siècle* han herido su pupila; pero débilmente, á lo lejos.

La pluma de Ugarte tampoco es extraña á los esparcimientos del prosista. Y dispense mi ignorancia —apenas puedo juzgarlo como tal por el capítulo aislado (4) de una obra en preparación, y algún otro articulillo de esos que se dejan caer de prisa. Parece que le gustan las tonalidades realistas, sin que por ello se esquite de usar el esfumino naturalista para ciertas sombras.

Recientemente Ugarte ha salvado la penumbra de los veintitrés años, y ya su nombre peregrina en alas de la exaltación. Es un conquistador gallardo del porvenir. Hoy de nuevo recorre las viejas capitales europeas. Está allá, empapándose en deslumbramientos de cultura. ¡Con qué prodigios de explosión luminosa vendrá á fascinarnos triunfalmente! Aun tiene muchos lauros por recoger, muchos aplausos que escuchar.

FRANCISCO MOSTAJO

Arequipa (Perú).

DE MIS LECTURAS

«Cuentos de alcoba»

POR

ÁNGEL C. ESPEJO

Ha sido para mí la novedad del libro, no la del autor. *Oliviero Bertin* me recuerda la noble camaradería del periodismo en dos épocas consecutivas, pero ya lejanas... de este periodismo militante, caldeado y riesgoso, de cuya obligación cotidiana heme ya, por fin, independizado, si bien conservo mi grado y mi número en el escalafón y paso lista de presente y tomo mis armas cuando las grandes acciones de guerra. Primero, en efímera labor de una hoja de guerrilleros de «vanguardia», incisivos, mordaces, cuatro soldados y un cabo. Éste, *Bertin*, quemando sus cartuchos repletos de pólvora, perijones y también de granos de sal, que así fueron alegre condimento de literatura humorista, como escocor en las carnes aporilladas por el escopetazo. Después, obra más seria, en la vida naciente de un diario, siempre de igual tendencia batalladora, pero con vistas hacia la longevidad; y en donde, con mayor reposo, *Bertin* dió desarrollo á su temperamento artístico y fué crítico de plástica y de letras, cronista de sátira social y política, revistero de lírica y dramática, con un buen ojo de observación y una mag-

nífica pluma de escritor: fondo sólido y colorido brillante, y por cima de todo, aquella imprescindible causticidad suya para rellevar en sus críticas el manchón negro ó repercutir el tono ridículo.

Pues ahora *Oliviero Bertin* deja el seudónimo, entra fácil y espontáneamente en pleno Arte y se presenta *conteur, conteur* á la elegante manera francesa, pero ya con el sello de su personalidad propia, que ira acentuando futuramente, á medida que se extingan los reflejos, las inevitables impregnaciones artísticas de sus predilectas lecturas de Maupassant, de Goncourt y de Bourget, nutrición del espíritu, gimnasia intelectual, que hay que hacer copiosamente, entusiastamente, para en seguida principiar la cosecha propia, echando al diablo á los predilectos y atrancando las puertas contra los queridos maestros. Se fue de ellos, ahora se es uno. «*Moi, je suis, moi.*»

Ángel Custodio Espejo, en sus nueve *Cuentos de Alcoba*, ya es él. Abandona su gusto del colorido resaltante y empieza fríamente, cruelmente, una obra de anaiista de los vicios, de las crápulas, de las concupiscencias, bajo la seda y bajo el frac, con una horda percepción psicológica y una facilidad de síntesis, demostradas ampliamente en el cuadro del primer cuento, en aquel anciano ministro, esposo ultrajado, sabedor de su deshonra y que agasajaba en su palacio al culpable, cuidaba de regalar su paladar sibarítico; y que en las noches, «sintiendo muy cerca en el lecho á la adúltera, en arrebatadora desnudez, que le estrechaba haciéndole revivir, que le llamaba su viejo rey David, tejiendo con esas paabras frases de filigrana que llegaban hasta él en eflovios de pasión con los perfumes de la carne joven, quiso á veces echarle á la cara toda su infamia, mientras dos brazos le envolvían de nuevo con enervante fuego... y él se dejaba adormecer en esa caricia cálida, insistente, con que las mujeres de mundo saben despertar los organismos gastados;» en ese viejo escarnecido que al pensar en los hijos, allí presentes, que sólo tenían de él su apellido y su fortuna, sintió «como si los hilos de su espíritu se hubiesen cortado de pronto, dejando rodar su cuerpo inerte por un abismo sin fondo.»

Con el mismo tajante escarpelo vivisector, con el mismo pulso sin estremecimientos, desgarrá Espejo los pliegues y sinuosidades de los organismos en sus protagonistas de *Vida Nueva* y *Valentina*, de *La Muerta* y *Las Virgenes*, y después toma el lápiz para trazar cuadros de claro realismo en sus fáciles bocetos del coronel Retamales, de los hermanos Larvendí y de la cirquera Colombina, matándose en la pista por un desdén de Pepino, lo cual despierta la reminiscencia invertida de aquel pobre Zenganno, de aquel infortunado Nello, sacrificado en su gloria y en su arte de gimnasta prodigioso, condenado á la invalidez de las muletas y á la nostalgia del trampolín, por los celos rencorosos y el rabioso orgullo de Tompkins, la hermosa y desapiadada *écuyère*.

Para bordar estos cuadros realistas Ángel Custodio Espejo se entretiene á veces en los panoramas descriptivos, con verdadera potencia de pincel, cuyo desborde de paleta

(1) Libros publicados en 1893 y 1894, respectivamente.

(2) Interoanla quincenario fundado en Octubre del 9. Dojó de publicarse en Diciembre del 90.

(3) *Serenata*; Buenos Aires, 1897.

(4) Corro inserto, con el pseudónimo de *Caryssul*, en el N.º 29 de *América*, revista bonaerense.

sabe contener con su exacta adjetivación, en una discreta sobriedad de notas y matices, de tonos y contrastes. Así ha pintado la sala del teatro, desde « el palco escénico que deslumbraba lanzando cambiantes de fuego de sus luminadores y candelijas sobre los recamados trajes de actores y comparsas, que se agitaban en una lluvia de lentejuelas y alamares, » hasta los palcos de familia, donde « el audaz escote había dejado apartar con mano turbada los encajes que velaban más discretamente á veces los senos palpitantes, los encajes que esa noche alceaban, como de prisa, al leve coplo de los abanicos de plumas que cafan serpenteando sobre el pecho; » sin olvidar la platea á donde « los hombres ostentaban sus fisonomías alteradas por algo raro, un fluido misterioso que corría por la sala y llegaba á las venas, y correctos, en la corrección que da el frac á los cuerpos de líneas dóciles, recorrían con sus gemelos la agitada línea de palcos que dejaban caer como una sonrisa, la luz de sus cortinajes color rubí, sobre aquel cuadro de vida femenina envuelto en nubes perfumadas de voluptuosidad. » — Y así ha pintado también la carpa del circo en que « el grito parejo y lastimero de los vendedores ambulantes; el rugido de las fieras que mordían allí cerca, impotentes, los barrotes de su encierro; el relinchar de las bestias que estiraban sus pescuezos y abrían sus narices olfateando el redondel en que corrían hasta ceder á la huasca del domador que hincaba la punta del látigo en las ancas de pelo pintado como manchones de tinta, como motas de algodón ó como culebrillas negras que acariciaban serpenteando las patas y se perdían en las uñas afiladas; la voz vinosa y triste de las traviatas de arrabal, que gritaban indistintamente una frase de amor ó una inmundicia; la risa trabajosa del pueblo harapiento que quería lanzar un dicho alegre y le salía una lágrima; el lujo abigarrado de mujeres de gran tono que presenciaban las pruebas y los gritos de los saltimbanquis al lado de sus galanes, con aire estudiadamente distraído, cogido tal vez al vuelo en alguna novela por entregas; el abigarramiento de los trajes recamados de oro y lentejuelas, adornados de flecos semejantes á plumas orientales que producían con la luz cambiantes de raro atractivo; las enjalmas de franjas plateadas — mullidos lechos de seda — sobre las cuales niñas graciosas se retorcan en locos girones de tules verdes y blancos, al són de cascabeles que producían con el trote de las bestias una música afebrante: todo hacía de aquello un cuadro de la fatiga humana amasado en una alegría histórica. »

Por todo el libro de cuentos discurre un soplo caliginoso, un vaho de penetrantes perfumes de carne, mas no de la carne ideal, impecable, blancura astral, pureza de alabastro, aroma de azucena, sino de la carne de *boudoir*, pecadora, cosmeticada, esencias de tocador, morbideces de masaje y voluptuosidades de espasmo. Es cruel y es amargo en todo esto Custodio Espejo. Hace trágicos los adulterios, los pinta infames, monstruosos, sobre el cadáver del marido, sin querer conceder nada á la generalización de este ligero accidente social que la alegre Fran-

cia, en su espiritual charla parisiense, llama lisa y sencillamente *menage à trois*.

No por eso los personajes de sus cuentos son menos reales, y acaso se les podría encontrar por las calles. De aquí ó de fuera, el autor sabrá de dónde los estrajo. Los que vemos, sólo tenemos dere ho de apreciar si el autor los modeló como en la vida, con las debidas dosis de carne y sangre, de huesos y cerebro, de pasiones y vicios, de afectos y sensaciones, de buena estructura humana, en fin.

He aquí lo que yo tenía que decir de este libro de cuentos, más bien dicho, de esta serie de pequeñas novelas, que representa una feliz, vigorosa y brillante proyección intelectual en nuestro Arte, que no es, señores, el arte tipográfico. Para los de éste queda el señalar, — buena vista y fresca prosodia, — excelencias de la edición, erratas de las páginas, rigor de las concordancias, humorismo y graficidad de las ilustraciones de Fauré; consultar los léxicos y las gramáticas para probar cuán mal ha dicho Espejo al hablarnos que los adultos se ocultaban en « el cupé de cortinillas *descorridas*. » En la sobremesa de alguna cena, en la tertulia literaria de *La Fiecha*, donde yo escuché varios de estos cuentos, con la lectura entonada, grave, ceremoniosa y eufónica de Espejo, la observación habría sido oportuna; pero el hacerla en el diario queda reservado á los catedráticos que escriben sobre neologismos y sinonimias y hacen estudios comparativos de diccionarios de la lengua. Lo que es yo soy bastante intonso para entender de eso.

M. CABRERA GUERRA.
(JEAN GUERRETE.)

Chile.

HIPNÁLICA

Aolis ofande sombras: con lujo de colores
hunde en el Ponto Helios su fecundante luz,
y el caure que embalsaman los huelgos de las flores
murmura en los alabes del lánguido Saux.

Del templo de Erycina sobre el mármoleo limon
inmóvil permanece Cistótera gentil,
á cuyas formas bu'las encanto nuevo imprimen
los pliegues inscontantes de ciclada calceil.

Es Cydno, la alba Cydno de oscura cabellera
que admiran los efesos con deleitoso nfan,
y á quien en el pademo que teje en primavera
las Hiántidas propicias acompañando van.

Es la garita virgen, la que en el mármol pario
copiar no pudo nunca helénico cincel,
la que en sus labias luce purísimo nectario
abierto en la tez nítida de rosa y flojel.

Entre relieves dorios que en el proplleo imitan
sobre los sáxeos muros ramajes de coozol,
estática contempla la mar en que se agitan
reflejos policromos del moribundo Sol.

Piensa en el joven nauta que en la velora nave
partió á las legendarias regiones del Irán,
del pectis acreciendo con el tañido suave
los rítmicos acordes del bello péan.

Se finge ver su imagen, su imagen tan querida,
como esfumada en ondas de tenue y albo tul
y que abrazados beben el noctgr de la vida,
del cielo de la Jonia bajo el velario azul.

Ó que en el blando nexo de edénicos amores
se rinden al Ensueño, tras de caricias mil,
y al despuntar de Hembra los pálidos fulgores
despiértalos la egerais cautada en el pensil.

Mas luego advierte al toque de realidad impia
que ya el fecundo karmo, con regia esplendor,
cumplió el tercero curso desde el luctuoso dia
en que sintió sus ósculos por la postrera vez.

Y en la tenaz zozobra que su ilusión ahuyonta,
las lágrimas que vierte con silencioso ahan,
las pétalos del dinto que sobre el seno ostenta
al deslizarse trémulas abrillantando van.

MANUEL A. SAN JUAN.

Lima.

UN MATRIMONIO

Julio Gómez y Sara Vargas, jóvenes ambos, hijos de ricachos estancieros los dos, habíanse unido en matrimonio.

Caracteres esencialmente opuestos, tímida, buena y religiosa ella, de genio violento él, pero educado, con ideas no muy claras del socialismo en boga, habían chocado desde el primer instante. Pero Julio, con su educación, aunque mediana, suficiente para domar sus bruscos arranques, y Sara con su apacible bondad de niña grande, habían disfrazado con palabras y acciones estudiadas y pesadas la inmensa desilusión sufrida.

Inmensa desilusión; porque si bien él tenía una mujercita amante y conocedora de los deberes de esposa, y ella, por otra parte, un marido educado, caballero, no podían aunar pensamientos y actos, — porque las doctrinas socialistas, predicadas por él como la quinta esencia de la reforma bienhechora, ofalas Sara como se oye un concierto de obras desconocidas y de antemano rechazadas: con atención; pero con sonrisa burlona en los labios.

Además, aunque Julio trataba de convenecerla de que las doctrinas por él predicadas eran cristianas en alto grado (como que habían sido instituidas por el socialista Jesús), á Sara le sonaba todo aquello á dogma anticatólico por excelencia.

Así, con pequeños disgustos, siempre cortados á tiempo, fueron pasando semanas y meses, al cabo de los cuales la joven señora vió realizadas sus esperanzas de mujer.

Concluía setiembre y junto con él las nieblas y los fríos.

Sara y Julio, del brazo y callados, vagaban en una de esas tardes tibias por el más retirado camino del bosque público.

¡Con qué ansias aspiraba ella el suave perfume de las flores que se entreabrían al beso fecundo de la Primavera! ¡con qué arrobamiento seguía los pajarillos que, ora persiguiéndose fugaces, por el aromatizado ambiente, ora acariciándose canoros sobre la débil rama, llenaban de notas y colores el espacio!

Sonrisa traviesa animó de pronto su semblante, y atrayendo á Julio con dulce movimiento, trocado en rosas el color de sus mejillas, le preguntó pausadamente:

— ¿Qué noticia te haría más feliz en este instante?

Sonrió el joven, y mirando distraído á un puma que gallardo se paseaba en su cómodo encierro, contestó:

— ¡Tántas cosas me harían feliz!

Y súbitamente, dirigiéndose á su esposa:

— ¿Sabes que tiene gracia la pregunta?

Gozando con el aturdimiento de su joven marido, se decidió en su interior, y temblorosa de emoción y alegría, le dijo quedo y al oído:

— Bobo... ¡que vas á ser padre!

Luego se detuvo: veía la dicha en la mirada de Julio, le abrazó con arrebatado infantil... y unióse sus labios en ardiente y prolongado beso.

El sol bajaba, bajaba, hasta perderse detrás del enano invernáculo.

Lujosos carruajes, llevando emperifolladas mujeres, regresaban del paseo favorito, entre nubes de polvo y tintines de cadenas. Los jinetes, repartiendo saludos á diestro y siniestro, se cruzaban por entre la fila interminable de vehículos. Y los ciclistas, con vistosas vestimentas, se deslizaban rápidos, haciendo bonitos y caprichosos dibujos en el azul-celeste del terreno.

Brusco cambio sufrieron las costumbres de los jóvenes consortes.

Solícito, meloso, Julio no perdía ocasión de acariciarla y de mimarla. Ella también, felicísima con los repentinos halagos de su marido, volvía á los mejores días de antaño, cuando pepueña reina en la casa de sus padres, acataba todo el mundo sus caprichos de hija única.

Cada día que pasaba era un nuevo castillo forjado en la mente de Julio dichoso.

«No había duda: sería varón. Y aunque sacase los ojos verdes y los rubios cabellos de su madre, sería como él, sano y robusto.

Luego cuando fuera hombre... Oh, entonces sí; instruido por él en las doctrinas más puras y avanzadas del socialismo, cuando la vieja sociedad, harta de las inmensas lacerias, pidiera á gritos la simiente de la felicidad universal, — su hijo, el nuevo Jesús de la nueva religión, cantaría el *Hossanna* sobre el hundimiento de las rancias ideas y el triunfo de las fraternales y salvadoras que se ansiaban.

Podría entonces morir tranquilo, porque la buena herencia legada á su hijo, la transmitiría éste á los suyos y éstos á sus nietos... y así hasta los siglos mil.»

Sara, lista por naturaleza, comprendiendo hasta cierto punto la nueva crisis de su esposo, prometíase en sus soliloquios vencer dificultades y conquistarse el amor grande y puro de su Julio. «Una vez madre, ¿podría él dejar de quererla, de idolatrarla?»...

Á éste, en sus frecuentes cavilaciones, ocurríale que la pobrecita, abandonada en los primeros meses de matrimonio, había llevado una vida en extremo infeliz; pues disipados los rosados celajes de su ilusión

de niña enamorada, poco, muy poco había hecho él para mantener la paz y dicha apetecidas.

Para concluir: ella creíase feliz, convirtiéndose día á día del amor del joven; y éste dejaba de forjar planes y más planes, para pensar en el cariño que tanto, tanto se merecía la más buena de las esposas y la más gentil de las mujeres.

Mientras la fecha anunciada para el feliz acontecimiento se acercaba velozmente, Julio tornaba á sus cálculos alegres.

Sara la quería mujer, y él, para dar mayor fuerza á sus esperanzas y deseos, pintaba con su natural verbosidad el cuadro de la inevitable catástrofe.

«El mundo presente, el mundo egoísta, sí, egoísta, caería para jamás levantarse; y entre el fragor de la conmoción universal, del inmenso cataclismo, la voz avasalladora de su hijo, predicando las doctrinas socialistas, resonaría de un extremo á otro del globo, llenando al hombre de consuelo, de paz, de felicidad.»

Ensimismado en estos tiquis-miquis de revolución social, le encontró el funesto día.

— El caso es grave: mucho cuidado. — Dicho en voz baja lo que antecede, el doctor tomó su sombrero y guantes, y con aire circunspecto, haciendo una nueva reverencia, salió de la salita, andando de puntillas y con movimientos de cabeza.

Pálida, con sus rubios cabellos desordenados, parecía la Magdalena penitente del lienzo.

El último síncope había dejado sin fuerzas: descomponíase su rostro, y enfriábase lentamente su cuerpo esbelto.

Sus ojos verdes, siempre hermosos, buscaron los de Julio; y más con la mirada que con la débil voz le hizo acercarse.

— ¿Sufres mucho, Sara?

— Me muero...

.....

— ¡Cállate, sé lo que digo...

.....

— No: los médicos te engañan...

.....

— Acércate más... así... escucha.

Quiérole mucho...

.....

— No, te digo que te engañan. Oye...

No pudo continuar: contrájose su cuerpo en violenta convulsión, y nuevo síncope la privó de sentido.

«Imbéciles, ¿para qué tantos medicamentos, tantos aparatos, si todo era inútil?... Medicina... cirugía... ¡buenas estaban las tales ciencias!

¿Para qué vivir si le faltaba ella? ¿para qué vivir si aquella dulce voz no volvería á sonar en sus oídos, ni sus ojos verdes á mirarle cariñosos?»

Mudo, desesperado, vidriosa la mirada, la cabeza entre las manos ardorosas,—aca-

riaba sereno la trágica idea que el desaliento le mostrara.

«¿Para qué vivir si le faltaba ella?»...

El hombre desaparecía: quedaba solamente el niño.

— Doctor...

— Valor, amigo!

Como felino que se abalanza sobre su presa, así saltó Julio; y sacudiéndole nerviosamente del blanco delantal, le gritó:

— Que... hable!

Y fuera de sí, entre vocablos soeces:

— Bueno, la mataron... pues me matan á mí también... asesinos!

De pronto su rostro se contrajo en mueca dolorosa, sus piernas se aflojaron, sus brazos castigaron el aire: los vagidos de un niño le indicaban que era padre...

Un año después de este suceso, hallándome cierta noche en un café, vi entrar un hombre de rostro abotagado, de barba y cabellos encanecidos, y en toda su persona muestras inequívocas de completo desaliño.

Por poco no le conocí: era mi amigo Gómez.

Dímonos un apretón de manos, y le brindé un café.

— Gracias, me contestó, no tomo.

Y con voz ronca:

— Mozo, un coñac!

Llevaba un periódico consigo, y desdoblándolo cuidadosamente leyó con atención un momento.

— Se acerca la hora del triunfo, amigo mío.

Esta sociedad agoniza. Las ideas nuevas se abren paso. Hace poco era una gota de agua en un valle de miserias; hoy es el torrente que, hundiendo sofismas, corre despeñado, avasallador, llevando en sus ondas los gérmenes de nueva vida, de nuevas sociedades, de otro mundo en fin.

¡Mozo, un coñac!

— ¿Sabe V., amigo mío, cuál es el torrente?... El anarquismo. Los socialistas gustan de paños tibios; nosotros, los hermanos de esta santa Orden, hemos jurado cambiar el mundo á sangre y fuego...

¡Mozo, un coñac!

El cobarde soñador se había dado al vicio

JOSE L. GOMENSORO.

LÁ-BAS....

Silenciosa por el lóbrego vacío del abismo,
Con las alas extendidas y serenas,
Va volando mi pobre alma como cisne moribundo,
Con los ojos impregnados de nostalgia y de tristeza.

Va volando, y allá lejos, como lánguida pupila
Que se entreabre somnolienta,
Ve á una estrella solitaria que despacio
Se desliza en las tinieblas.

Hacia ella va mi alma,
Temblorosa, bajo el peso de las penas
Que la afligen;
Y al hallarse junto á ella

La acaricia suavemente con sus alas,
Y con sus labios la besa,
Porque mi alma reconoce
Que la estrella
Es la psique de mi amada,
Es su triste compañera.

Silenciosas, por el lóbrego vacío del abismo,
Va mi alma... va la estrella...

EMILIO BERISSO.

Buenos Aires.

TRIBUTO

PARA UN ÁLBUM

Cual rosa que en el valle
ostenta su hermosura,
Exhala su perfume
é irradia su esplendor,
Que oculta entre las selvas
revela su blancura,....
Mi virgen adorada,
tú brillas así pura,
Bayada por encantos,
hechizo y resplandor.

* *

Delante de mis ojos
tú brillas cual la rosa
Y exigeme un tributo
risueño tu candor,
Cual á su tallo exige
la blanca flor hermosa
Que al soplo de la brisa
la nueva candorosa,
Bañando con su aroma
el aire en su redor.

* *

Y aquí vengo á dejarte,
amante, por ofrenda,
Mis ruegos y oraciones,
de hinojos en tu altar.
El alma enamorada
Te ofrezco como prenda....
Recibe ese tributo
del que en fatal contienda,
Ansiando tu cariño,
batalla sin cesar.

* *

Y al cumplir los quince años
risueños de tu vida,
También quiero dejarte
lo flor del corazón.
Del prado que yo tengo
la flor descolorida,
Que triste y deshojada,
colúmpiase abatida,
Al soplo despiadado
del viento de pasión.

* *

Como esa que te ofrece
tu hermosa primavera
Tal vez no sea tan linda
la flor del pecho mío.
Como esa flor galana
en la que reverbera
La gota cristalina,
de noche en la pradera,
No debe ser tan bella
la flor que yo te envío.

* *

No es ella cual la rosa,
tan rica ni lozana.
Su tallo está marchito;
sus hojas sin color.
La pobre flor que ofrezco
al prado no engalana.
No brota en los pensiles,
y no es la soberana
Que exhala en la ribera
su aroma en derredor.

* *

Por brisa pasajera
no es ella acariciada.
Columpia despiadado
Su tallo el aquilón.
Rocío de sus hojas
son siempre, mi adorada,
Mis lágrimas fervientes,
que dejan marchitada
Y triste y sin aroma
la flor del corazón.

* *

Mas hoy aquí te ofrezco
del huerto de mi vida
La flor que me ha quedado,
recuerdo de mi amor.
Te ofrezco de ilusiones
aquella no perdida,
Aquella que en el alma
guardéla yo escondida
Del beso del invierno,
del beso del dolor.

JORGE L. SACCARELLO.

RÁPIDAS

Á Daniel Martínez Vigil.

I

No te asuste el vaivén... De los humanos
es la vil condición como la onda
y la nube y la flámula y la brisa:
¡se cambia de antifaz como de forma!

II

Las virtudes lo mismo que los vicios
atraen el humano y lo rechazan,
y, hecho el hombre pelota de miseria,
va del fango al azul... luego á la charca.

III

Un ósculo es la piedra que se arroja
al árbol prohibido
para que ruede al suelo la manzana
y... ¡adiós! el paraíso!

IV

Te has burlado de mí como de un niño;
yo también te he burlado y no hay culpables,
pues un juego, no más, es el cariño.

V

Las mujeres son gatas primorosas,
de lenguas sonrosadas y... asperosas.

VI

Es para mí la gloria una campana
que dobla ó que replica indiferente,
y si para algo sirve es, francamente,
para quitarme el sueño en la mañana.

VII

He oído decir que la esperanza
es la tabla postrera en el naufragio.
Quise agarrarme de ella... y apretaba
un resto de ataúd entre las manos.

VIII

Cuando veo á dos chicos adorarse,
me acuerdo de la célebre manzana:
Eva siempre lo mismo desprendida
y... ¡bah! lo mismo Adán, siempre goloso.

IX

¡Condición, por imbécil, tan extraña!
desepero y no arrojo la esperanza.

X

¿Quieres que tu ideal no se disipe
como el humo, la chispa y el sonido?
Llévalo, cual se guarda la moneda
en el fondo, muchacho, del bolsillo.

XI

La religión—lo digo sin resabios—
es engaño perpetuo de los tontos;
pero engaño que envidian los más sabios.

XII

Por divertirme á veces en mi hastío,
me pongo á idolatrar á las mujeres;
no trascurren quizá cuatro minutos
cuando he roto en añicos el juguete.

XIII

De las vendas que cubren nuestros ojos,
las vendas de la fe son prodigiosas:
se cae sobre piedras y se cree
haber caído en almohadón de rosas.

XIV

Cuando sean de oro los luceros
y las flores, poeta, sean joyas,
entonces, sólo entonces, te aconsejo
proclames tu ideal y tengas novia.

XV

¡Hermosa sociedad! Todos se afanan
en la labor común. Reina el cariño.
Y el hombre realiza, sin quererlo,
la armonía triunfal del egoísmo.

XVI

Si el barro de la ciencia te ensucia,
puedes, mujer, lavarte... Si te mancha
el barro que se oculta en los salones,
eres irredimible, desdichada!

FRANCISCO MOSTAJO.

Arequipa (Perú).

« Sobre lenguaje »

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Señor don Carlos Martínez Vigil, Catedrático de la Universidad de Montevideo

Enterada la Real Academia Española en su junta de anoche (la primera que después de vacaciones ha celebrado) de haberle regalado V. S. un ejemplar del folleto de que es autor titulado « Sobre lenguaje, » acordó

á una voz darle por esta fineza muy expresivas gracias.

Lo que me complazco en manifestar á V. S., cuya vida guarde Dios muchos años.

Madrid: 8 de Octubre de 1897.

El Secretario,
MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Señor don Carlos Martínez Vigil

Presente.

Distinguido señor:

Muy agradecido á su atención y á las consideraciones que le merezco, acúsole recibo de su interesante folleto *Sobre lenguaje* y de su cariñosa carta, que tanto me honra.

No soy literato, como V. lo supone. He sido en otras épocas simple aficionado, y lo que he escrito, si ha merecido regular acogida, es debido á la benevolencia y á la amistad, nada más.

Mi profesión es incompatible con la literatura y no me deja tiempo para aprender lo que necesito para producir algo que merezca la pena. Don Ricardo Palma ha sido y es muy generoso conmigo regalándome con su aprecio.

Además, hay algo que no es posible adquirir: sería volver á mis 25 ó 30 años. La vida que llevo y los años que pesan sobre mis espaldas, hacen que no me forje ilusiones.

Reitero á V. mis más sinceros agradecimientos por su obsequio, y crea que en medio á la descomposición en que vivimos, conforta y alegra el espíritu ver jóvenes que como V. honran á la patria.

Poniéndome á su disposición, saludalo con cariño su affmo. amigo (pues me gusta la amistad de los buenos)

ANTONIO D. LUSSICH.

Buenos Aires, 8 de Noviembre de 1897.

Señor don Carlos Martínez Vigil.

Distinguido señor y muy apreciado amigo:

Agradezco á V. su delicada atención al remitirme, con amable dedicatoria autógrafa, su interesantísimo folleto *Sobre lenguaje*, que tan honrosos como merecidos elogios le ha valido de la crítica ilustrada.

Conocía algunos de los juicios emitidos al respecto, y ellos han venido á avivar el interés con que he leído su trabajo, el cual he saboreado con verdadero deleite, confirmándose en la opinión que ya tenía de la alta competencia y profundos conocimientos de V. en tales materias.

Es un trabajo que le honra mucho y por el que le felicito de todas veras.

Por este mismo correo tengo el gusto de enviar á V. un ejemplar del « Almanaque Sud-americano para 1898, » esperando lo conservará como un testimonio de leal afecto y sincera admiración.

Aprovecho esta ocasión para saludar á V. atentamente y repetirme su amigo y S. S.

CASIMIRO PRIETO.

San José de Costa Rica, Octubre 16 de 1897.

Señor don Carlos Martínez Vigil

Montevideo.

Estimado señor mío: Muy grata me ha sido la lectura de su opúsculo *Sobre lenguaje*, que V. tuvo la bondad de remitirme.

Al concluir la última página, sentí ese vacío, ese vivo deseo de continuar que se apodera de nosotros cuando un libro nos agrada y atrae. Y es que á lo interesante de la materia, únense la correcta y animada exposición que V. hace de doctrinas filológicas de notable importancia, sus juiciosas notas críticas y sus eruditas comprobaciones, todo lo cual es motivo más que suficiente para que su trabajo sea leído con sumo gusto.

Escritos de esa índole, que por desgracia no son frecuentes en nuestra América, contribuyen eficazmente al progreso del habla castellana en uno y otro hemisferio.

Celebraría que V., tan versado en esos asuntos, escribiera una obra de mayor extensión que le permitiera dar completo desarrollo á sus ideas y dilucidar otros puntos interesantes.

Con toda consideración me suscribo su afectísimo servidor

ALBERTO BRENES.

Á don Carlos Martínez Vigil

Montevideo.

Doblo, en este momento, la última página de su libro «Sobre lenguaje», con que usted, mi distinguido compañero, ha tenido la fineza de obsequiarme. Lo he leído de un solo tirón, después de las horas que dedico á mi trabajo diario de oficina, y créame usted que su lectura me ha satisfecho del todo.

«Sobre lenguaje» es de esos libros — raros hoy, por desgracia — que yo devoro más que leo, porque á la vez que me deleitan me enseñan.

Un tomo de poesías es para mí la charla de salón con bellas señoritas ó de club con muchachos de mi edad y de mi temperamento: adoradores del arte y de lo bello. Pero un libro como el suyo es para mí la plática sabrosa del viejo maestro que goza en arrojar su caudal de luz intelectual á los cerebros ávidos de saber de sus jóvenes discípulos.

Yo aplaudo con toda sinceridad su importantísimo trabajo y me honro — hoy más que ayer — en llamarme su amigo y estimador muy adicto.

JOSÉ MARÍA BARRETO.

Taena, Octubre de 1897.

«SOBRE LENGUAJE,» POR CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.—MONTEVIDEO, 1897.

Don Carlos Martínez Vigil es uno de los escritores más justamente estimados del Uruguay, á causa de las bellas dotes que posee. Su última obra es de bastante interés para los que se dedican á purificar en lo posible el habla castellana en América. Escrita con motivo de una obra de Ricardo Palma — *Neologismos y Americanismos* — la

obra del señor Martínez Vigil contiene interesantes disquisiciones sobre algunos puntos relacionados con el correcto uso de algunas palabras en América. Ni neologista exagerado, ni purista intratable, el señor Martínez Vigil predica un eclecticismo que no puede dejar de ser provechoso para el porvenir del castellano en América.

(La Revista Ilustrada, Santiago.)

El catedrático de gramática castellana en la Universidad de Montevideo, don Carlos Martínez Vigil, nos ha favorecido con un ejemplar de su opúsculo *Sobre lenguaje*, donde comenta otro titulado *Neologismos y Americanismos*, escrito por el literato peruano don Ricardo Palma.

El señor Martínez Vigil se muestra partidario del eclecticismo en materia de lenguaje. Rechaza muchos vocablos indicados por Palma, pero cree que el léxico oficial del idioma debería aceptar otros que son útiles, adecuados y conformes á la índole del mismo. Agradecemos debidamente la atención del distinguido catedrático y escritor uruguayo.

(Revista de Instrucción Primaria, Santiago.)

«SOBRE LENGUAJE,» DE CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

Hemos recibido con atenta dedicatoria de su autor el nuevo libro de don Carlos Martínez Vigil, distinguido literato de allende el Plata: *Sobre lenguaje*.

Es una obra de verdadero aliento que honra á su autor, del que teníamos formada una opinión que viene á confirmar el libro recibido.

Careciendo de espacio, no podemos ni siquiera enumerar las múltiples bellezas del concienzudo estudio filológico, por lo que nos concretamos á enviar al señor Vigil nuestro caluroso aplauso.

(La Semana Platense, La Plata.)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

ALMANAQUE SUD-AMERICANO, PARA 1898.

Tan interesante como siempre, y realzado en la parte material por mejoras de consideración, viene este año el popularísimo *Almanaque Sud-americano*, que dirige el distinguido poeta y escritor don Casimiro Prieto.

El nuevo volumen de tan acreditada publicación se impone y agrada con sólo pasar la vista por la hermosa carátula, de un gusto original y enteramente americano. El espléndido papel mate en que está impreso el libro, muy superior al usado en los volúmenes anteriores, es de lo más fino y lujoso; y esta mejora favorece notablemente la nitidez de las ilustraciones. La nueva forma de láminas sueltas dada á los retratos y su impresión en varias tintas, son también novedades muy dignas de tenerse en cuenta.

De la selección de la parte literaria da

exacta idea la nómina de colaboradores que precede á la obra, y en la que figuran los nombres de muchos de los poetas y escritores más reputados de España y de América. — Prieto ha contribuído al interés y amenidad de la publicación con su nunca agotada vena cómica y la elegancia y facilidad de su versificación primorosa. Ya en el epigrama delicado y sutil, ya en la narración ligera y sazónada, ya en los elegantes versos de álbum, prodiga el Director del *Almanaque* las bien sabidas dotes de su ingenio. — No nos sería posible hacer aquí una enumeración, ni mucho menos una crítica, de los demás materiales del *Almanaque*; pero citaremos, entre los que van suscritos por nombres más conocidos, un precioso cuento de Ricardo Palma, selectas composiciones poéticas de Leopoldo Díaz, Rafael Obligado, José S. Chocano, Carlos Ortiz, Guillermo Matta, Leopoldo Lugones, Ch. Roerber, M. N. Castellanos, etc., etc.

La literatura uruguaya está representada en el libro por nuestras dos delicadas poetisas Adela y Dorila Castell; Eduardo Ferreira, uno de nuestros escritores más elegantes y castizos; Arturo Giménez Pastor, el feliz satírico y cuentista; Guillermo P. Rodríguez, siempre correcto é inspirado; Guzmán Papini y Zas, cuya imaginación brilla sin eclipses; y dos de los redactores de la REVISTA NACIONAL: Víctor Pérez Petit y José Enrique Rodó.

Los retratos de escritores y artistas que adornan el primoroso volumen son los de Carlos Ortiz, José Enrique Rodó, Marcial Cabrera Guerra, José S. Chocano, C. Williams, J. Cabrinety y Julio Piquet. La galería de bellezas americanas ofrece este año los retratos de una chilena, una guatemalteca y una uruguaya, que rivalizan en hermosura, gracia y expresión.

Del mérito artístico del *Almanaque* puede inferir, quien no lo conozca, por la enumeración de los dibujantes que han colaborado en él. Baste citar á Apeles Mestres, el genial artista catalán, á Pellicer, á Ross, el incomparable retratista, á Cabrinety, que en las ilustraciones de los meses ha hecho verdaderos primores, á Federico Prieto, hermano del Director del *Almanaque* y artista de notable talento, que presenta muy hermosas iniciales y alegorías, y á nuestro joven compatriota el distinguido dibujante Aurelio Giménez Pastor.

Casimiro Prieto, no contento todavía con el esfuerzo y el triunfo que tan precioso álbum representa, se propone no omitir afanes ni sacrificios para presentar el año próximo un volumen que aventaje al que acaba de salir á luz, así en las condiciones materiales como en el mérito del contenido.

Mucho nos placen los progresos del *Almanaque Sud-Americano*, al que deseamos creciente prosperidad, para bien del movimiento literario y artístico del Río de la Plata, felicitando de nuevo y calurosamente al distinguido escritor que tan inteligente dirección sabe imprimirle.



MEDICINA LEGAL

(Continuación)

El envenenamiento puede referirse á un suicidio como á un homicidio. Sin embargo, hay bases que permiten distinguir uno de otro; así, p. ej., si el envenenamiento se ha ocasionado con un veneno de mal olor y de mal gusto, es de presumir que se trata de un suicidio ó de un accidente, aunque esto último sería difícil, pues si tiene mal olor y feo sabor, nadie se engaña y abre los ojos, para cerciorarse acerca de la causa de ello; mientras que nunca se emplearía para provocar la muerte de una persona por la razón siguiente: el que emplea veneno para deshacerse de una persona, busca el misterio, con el fin de esconder su culpabilidad, y el emplear un veneno de las condiciones del apuntado más arriba, traería por consecuencia el que se frustrase el crimen, por cuanto la víctima señalada para ello se apercebirla y lo delataría. He ahí por qué en los casos de homicidio por medio de veneno, se emplean aquellas clases de ellos que pasan inadvertidos al inferirse.

FALSIFICACIÓN DE ESCRITOS

Como ya se ha visto al principio de este trabajo, Mata dividía la Medicina Legal en cuestiones de fondo y cuestiones de forma. Fuera de éstas, hay otras cuestiones que no pertenecen verdaderamente á ellas, que no están incluidas en ninguna de esas dos divisiones y que según algunos no deben comprenderse en la Medicina Legal. Pero como generalmente se incluye su estudio en los textos de Medicina Legal, nosotros las estudiamos también.

I. — Disposiciones Legislativas relativas á la falsificación de escritos:

Código Penal. — Art. 240. El funcionario público ó escribano que en el desempeño de su cargo ú oficina hiciera un documento falso en todo ó en parte, ó alterare un documento verdadero con perjuicio posible de tercero, será castigado con penitenciaría de seis á ocho años.

Art. 243. Cualquiera otra persona que cometiere falsedad en documento público de alguna de las maneras indicadas en el art. 240, será castigado con la pena de penitenciaría de cuatro á seis años.

Si la falsedad fuere cometida en la copia de un documento público, la pena será de dos á cuatro años de penitenciaría.

Art. 245. El que hiciera un documento privado falso en todo ó en parte, ó alterase un documento privado verdadero con perjuicio posible de tercero, será castigado con penitenciaría de dos á cuatro años.

Art. 248. El que ocultare ó destruyere en todo ó en parte, con perjuicio posible de tercero, un documento original, ó su copia fehaciente á falta del mismo, será castigado con penitenciaría de dos á cuatro años.

II. — Á propósito de la falsificación de documentos, una distinción tenemos que hacer entre la pericia caligráfica y la pericia química. Así, p. ej., en el caso de que á un

individuo se le haga aparecer firmando un vale, cuya firma él niega, es claro que entónces hay que proceder á un reconocimiento pericial caligráfico, con objeto de que los calígrafos determinen si la firma es ó no del individuo cuyo nombre aparece en el documento. Esto es fácil precisarlo, porque cada persona tiene sus rasgos característicos en la escritura: no hay dos caracteres de letras iguales. El calígrafo lo determinará comparando las letras y teniendo en cuenta, como ya se ha dicho, que el carácter de éstas depende de las personas: una nerviosa tendrá letra ligera, muy corrida; una calmosa, redondeada, pausada.

En la Medicina Legal la intervención pericial en estos casos es de otra índole. La pericia caligráfica tiene lugar cuando se niega la firma, mientras que en la pericia médica no se niega ésta: lo que se niega es el contenido del documento que está adulterado, como, por ejemplo, un vale de diez pesos que aparece como si fuera de mil pesos.

Tendría también lugar la pericia química cuando se postdata el documento, cuando se muda la fecha del mismo. También sucede esto en los casos en que las letras no aparecen á la simple vista y se hacen reproducir por otros medios, acercando, p. ej., el escrito á la luz.

¿Cómo se borran los documentos? De dos maneras: por el rapado, ó por medio de sustancias químicas. — En el primer caso se raspa hasta que, desapareciendo la tinta, se borra la letra. Pero ¿qué sucede? que la tinta se desparrama y queda la señal, fuera de que el papel es más fino y traslucido en la parte donde se ha rapado. Es á causa de esto que los falsificadores echan un barniz en el lugar rapado, dejándolo de manera que no parece que hubiera sido borrado.

El otro procedimiento consiste en el uso de una sustancia que destruya químicamente la tinta, sin corroer el papel. Se pone el documento en el líquido, ó si no se hecha sobre la letra ó palabra que se quiere borrar, p. ej., una gota de agua de cloro, y, desaparecida entónces la letra ó palabra, repone otra en su lugar.

José FERRANDO Y OLAONDO.

(Continuará.)

ERRATA

En la composición intitulada *Para la novia*, de nuestro distinguido colaborador Guzmán Papini y Zas, se deslizó un pequeño error, que á pedido del autor salvamos. El primer verso de la segunda estrofa decía:

Eso fué el cuadro de ayer.

Debe leerse:

Eso fué el cuadro que ayer